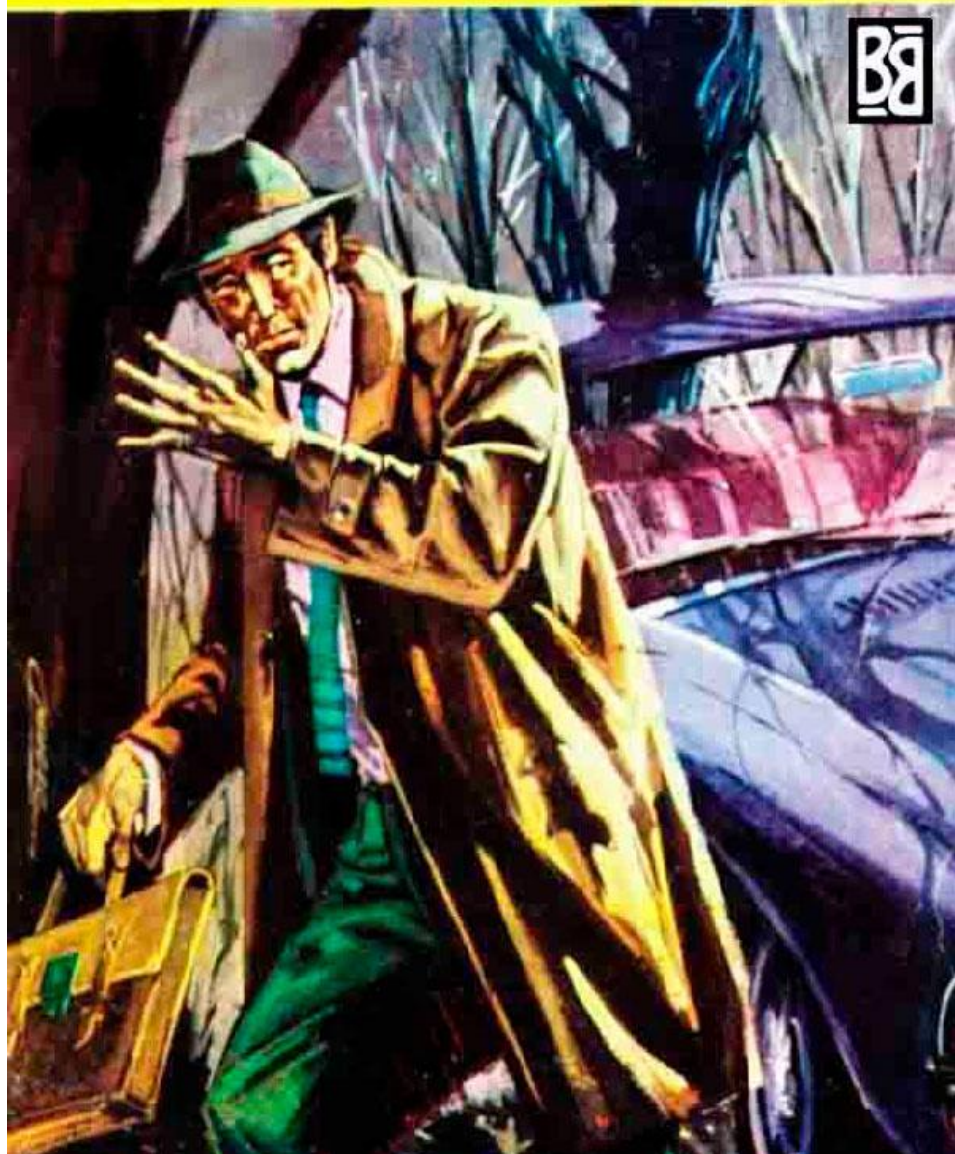


PUNTO
ROJO

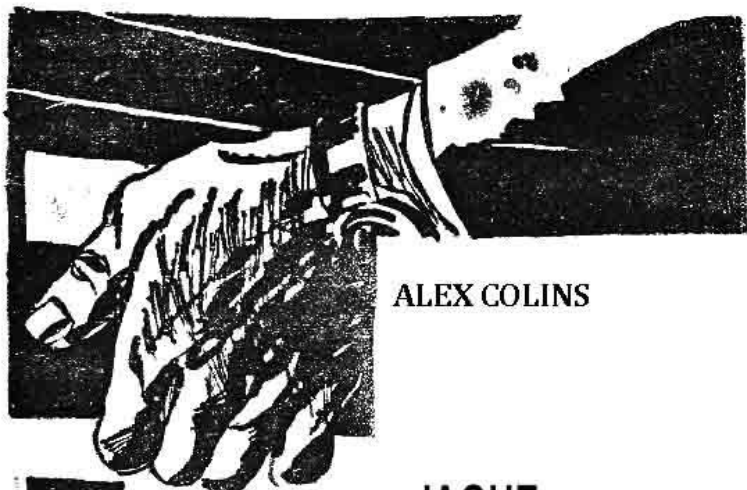
¡Jaque al Rey!

alex colins



¡JAQUE AL REY!





ALEX COLINS



¡JAQUE AL REY!

Colección PUNTO ROJO n.º 232

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 25.570 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre 1966

© ALEX COLINS - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:
190. — La muerte acecha.

En Colección CALIFORNIA:
497. — Busco una mujer.

CAPÍTULO PRIMERO

Edwin Frome se acercó lentamente, en la oscuridad de la noche, a la lujosa mansión de Wade Lheman, propietario del Grand Theatre, en Santa Cruz, California.

Wade era oriundo de Big Spring, en Texas. Llevaba seis años en California, y en ese tiempo había creado aquel coliseo que era el Grand Theatre, orgullo de los habitantes de Santa Cruz. Ahí se ofrecían las mejores revistas de La Unión. También, cuando la oleada de turistas alcanzaba su máximo apogeo, Wade les deleitaba con alguna sesión de ópera para el público más selecto. Pero el teatro de Wade habíase consagrado por el género frívolo musical, y se le conocía en todo el Estado de California por el «palacio de la revista».

Por él habían desfilado las mejores *vedettes* del género, y Wade Lheman había intentado desfilas por los aposentos de todas ellas. Sólo intentado, porque la mitad de las muchachas habíanle dado con la puerta en las narices, y algunas, además de la puerta, con la mano.

Pero Lheman era un epicúreo, y se daba por satisfecho con haber logrado llevar a buen fin la mitad de sus conquistas femeninas, aun a costa de convertirse en un buen cliente de las joyerías y las peleterías de Santa Cruz.

Edwin avanzó con paso cauto hacia la verja que rodeaba el jardín, en cuyo centro se erigía el lujoso edificio de dos plantas, de amplia escalinata y columnas de mármol soportando la terraza, al estilo de las mansiones de la esclavitud.

La mansión se hallaba a un cuarto de milla de la ciudad, en la carretera de la costa, a la que conducía un camino que nacía de la casa, hasta una pequeña playa donde Wade había instalado un

embarcadero.

Edwin atisbo cautamente a su alrededor antes de salvar ágilmente la verja de hierro. Luego se aproximó a la entrada del garaje, anexo a la casa.

Entró en el garaje y volvió a cerrar la amplia puerta a sus espaldas, antes de encender su potente loco eléctrico.

Había allí un «Chevrolet» arrinconado ya por Lheman a cambio de un «Cadillac» último modelo. Un coche que hubiese hecho las delicias de una familia de la clase media.

Edwin masculló unos denuestos en voz baja. Decididamente, el mundo está muy mal repartido.

Levantó la brillante tapa del portaequipajes estudiando su interior.

Contenía una rueda de repuesto y algunas herramientas, pero un hombre podía ir relativamente bien en su interior.

Arrojó a un lado la rueda y se acomodó lo mejor que le permitió el espacio disponible. A continuación, colocó un taco de goma en la cerradura, de forma que ésa no pudiera cerrarse con la trepidación, y se dispuso a esperar pacientemente, en su incómoda posición, el desarrollo de los acontecimientos. Una misión delicada, fuera de serie, porque una simple precipitación, un leve error, podía poner en peligro la vida de Diana Dam, la incomparable «estrella» de la canción frívola en Norteamérica.

Edwin Frome había cumplido los veintiocho años. Era alto, fuerte y musculoso; cabello rebelde, ensortijado; mentón prominente, labios finos y unos ojos de mirar penetrante, que parecían escudriñar hasta los rincones más hondos del cerebro.

Edwin había hecho un poco de todo en la vida. Empezó como estudiante en la Universidad de Austin, Texas, de donde era oriundo. Pero cuando un alumno golpea a un profesor, es muy difícil convencer al Consejo de la Universidad de que se tiene toda la razón para hacerlo, y evitar ser expulsado. Era lo que le había sucedido a Edwin.

Entonces decidió trabajar. Pero también es difícil conservar un empleo en la oficina de una importante empresa petrolífera, después de rechazar de plano a la enamoriscada hija del propietario. El sabía que aquello solo era un capricho de niña mimada. Además, la chica no era su tipo. Le gustaban más altas,

menos gruesas, más jóvenes y con menos presunción por los «millones de papá».

Edwin había perdido aquel empleo y la afición a continuar emborronando cuartillas y estadillos en una oficina. De forma que acabó empleando la fuerza de sus músculos para ganarse el sustento. En los muelles de Galveston se conseguían buenos salarios. Lo malo era que allí actuaba el gong de Pazzoli, y sólo se podía lograr contrato por su mediación y previo pago de una cuota, que reducía sensiblemente los ingresos. Una verdadera dictadura dentro de la mayor democracia del mundo. Hasta que a Edwin se le calentó su sangre de tejano, y en los muelles de Galveston hubo más que palabras.

El gong de Pazzoli murió con su creador. Y nadie se preocupó de hacerle al jefe un funeral por lo grande, con un ataúd de miles de dólares y centenares de coronas de flores, al estilo de los antiguos *gánsteres* de Chicago. La época dorada había pasado para ellos, y los gongs hacían equilibrios en la cuerda floja. Así, Pazzoli tuvo que conformarse con un entierro de tres al cuarto y unas frases elogiosas del pastor que ofició junto a la tumba, que ni él mismo creyó.

A consecuencia de aquello y, como una ironía de la vida, Edwin fue expulsado de Galveston por las autoridades. Entonces decidió fijar su residencia en California. Pero no se fue solo. Charles Buffin, un buen compañero de trabajo y de lucha, se fue con él. Buffin tenía una mano especial para dejar en mal lugar toda la propaganda de los fabricantes de cajas fuertes acerca de la inviolabilidad de sus productos. Pero el hombre necesitaba un socio, y no le fue difícil convencer a Edwin. El joven se hallaba demasiado enfadado con la Ley y consigo mismo entonces, y el zorro de Buffin supo aprovechar al máximo el momento psicológico.

Buffin enseñó a su nuevo compañero todos los secretos de su profesión, y ambos tuvieron una buena racha. Luego, la moneda cambió y les enseñó cara de la mala suerte. Y todo porque Buffin se aficionó a las drogas. Dos años de cárcel. Y al salir, en el primer golpe, Buffin cayó bajo las balas de un celoso guardián de la Ley. Entonces el joven se las vio y se las deseó para no ir a dar otra vez con sus huesos en la cárcel.

Pero eso fue algo que le hizo reflexionar como jamás, lo había hecho en su vida anterior. Los dos años entre: rejas y la muerte de

Buffin pesaron en su ánimo, haciéndole desistir de continuar sólo aquel trabajo, de abandonar de una vez para siempre el camino emprendido. Pero de sus tiempos de ladrón de cajas quedaron en él dos secuelas, imposibles de olvidar, de prescindir de ellas. Su aversión hacia los traficantes de drogas, que habían terminado con las facultades de Buffin; y el veneno de la emoción de la aventura. Así encontró acomodo en una Agencia de Investigaciones privadas radicada en San Francisco, y con agencias secundarias en varias ciudades importantes de California. La
Bensson & Clarck.

Edwin tamborileó con los dedos en la chapa del fondo, consultando su reloj pulsera, de esfera luminosa.

Eran las once menos quince minutos de la noche. Faltaba, pues, un cuarto de hora para la llegada del millonario, que pondría en marcha el dispositivo conducente al rescate de Diana Dam y a una posible identificación y captura de sus raptos.

Pensó en el caso, que le había sido explicado muy someramente por Wade Lheman. Y en el lío que se iba a armar si el *sheriff* de Santa Cruz tenía conocimientos del hecho. Porque aquel hombre le profesaba un odio cordial desde que fuera destinado a dirigir la agencia de Santa Cruz y le estropease un caso. El rapto es un delito fuerte, y aquello no iba a sentar bien al *sheriff*, si llegaba a su conocimiento. Claro que, si eso ocurría, era a él a quien peor iba a sentar la reacción del *sheriff* Evans.

Según las explicaciones del empresario teatral, Diana Dam había sido raptada, pero la extorsión, la petición del rescate, recaía íntegramente sobre él. Diana había sido contratada por Lheman. Y los raptos pedían al dueño del Grand Theatre la cantidad de cien mil dólares por su rescate. Desde luego, había que reconocer que él era el más interesado en la aparición de la artista. Hasta entonces Lheman habíase limitado a contratar compañías enteras, que exhibían su repertorio en el Grand. Pero esta vez se decidió a formar una compañía propia y una revista sin estrenar, invirtiendo una importante suma en la preparación de un grandioso espectáculo, en el que Diana Dam fulguraba como estrella máxima, como eje central de todo el tinglado, aunque Lheman había reunido a los mejores especialistas del género. El éxito estaba asegurado, y una jira por las ciudades más importantes de California y otros

Estados limítrofes le auguraban una buena ganancia.

El estreno estaba anunciado en firme para la semana siguiente. Tan en firme, que Wade había despachado ya gran cantidad de entradas, en vista de la expectación despertada y ante la insistencia de los impacientes. Y ése era su gran problema. Porque perdería todo el dinero invertido en los decorados y demás, si la «estrella» no podía presentarse ante el público.

Ahora, el detective Edwin debía intentar la solución del asunto de forma que Diana pudiera ser admirada por su público, pero sin que Wade Lheman sufriese el quebranto económico del pago del rescate. Para eso le había ofrecido una buena recompensa. Una recompensa y la sutil incógnita de perder el pellejo, a manos del *sheriff*.

El empresario había recibido la noticia aquella misma tarde. Diana, en contra de sus costumbres ordenadas y metódicas, no se había presentado al ensayo. Esto motivó la visita de Wade a la coquetona casita que la artista había alquilado en las afueras de la ciudad, para inquirir en persona el motivo de su ausencia. Era una vieja fórmula de Lheman contra los empleados remisos a acudir a sus obligaciones. Así podía comprobar por sí mismo la veracidad de su disculpa, que el teléfono ocultaba. Algo que él había hecho muchas veces, en sus tiempos de asalariado. Y entonces supo por la doncella que Diana había salido la noche anterior en su automóvil, sin regresar aún.

Wade se puso en contacto, de inmediato, con el *sheriff*. La joven podía haber sufrido un accidente, y era conveniente explorar el terreno en busca suya. O podía darse el caso de que se hubiese fugado con su nuevo amor, aunque esto lo dudaba, por dos razones: Porque Diana pertenecía a esa mitad de las *vedettes* que le habían dado con la puerta en las narices, y porque ella sabía que tenía los medios a su alcance para obligarla a desistir de sus propósitos.

Las pesquisas del no dieron resultado. Y al caer la tarde, Lheman recibió una misiva de los raptos. En ella le comunicaban el secuestro de la artista y el rescate que exigían por ella, así como la forma de entregarlo.

El dinero debía llevarlo en billetes grandes, dentro de un portafolios. Tenía que salir de su casa a las once de la noche, conducir su coche hasta un lugar que se le señalaba de la carretera

de Monterrey, a unas veinte millas de Santa Cruz. Una vez allí, Wade debía dejar el coche con el dinero sobre el asiento delantero y retroceder andando hasta el primer cruce de caminos, donde había un surtidor de gasolina. Allí esperaría por espacio de media hora.

Pasado este tiempo, regresaría al vehículo, porque todo estaría consumado para entonces.

Al final de la misiva, iba el aviso conminatorio de que no debía hablar nada de eso con la policía. Se hallaba vigilado estrechamente, y Diana Dam moriría, si él se ponía en contacto con las fuerzas de la Ley. Y unos minutos después del mensaje, recibió una llamada telefónica, que le repitió el asunto en un tono que le heló la sangre en las venas.

Wade meditó mucho acerca de eso. Sopesó bien los pros y los contras de obedecer a los raptores o pasar por alto su advertencia. Y optó por obedecer, al menos por el momento.

Diana, por su carácter abierto, por su cordialidad, gozaba de la simpatía de todos. Pero no era eso lo que motivaba el silencio de Wade, lo que le forzaba a pagar la cantidad impuesta por los raptores, sino el temor a perder la pequeña fortuna invertida en el espectáculo. Porque éste, sin la escultural Diana Dam, no tenía razón de ser. Ése era el verdadero motivo por el que el ladino empresario optó en un principio por pagar el rescate y no correr riesgos innecesarios.

Pero Wade continuó vacilando. Y, al fin, decidió cumplir sólo a medias lo estipulado por los secuestradores.

No avisaría al *sheriff*. No era prudente hacerlo. Evans se tomaba muy en serio su cargo profesional. Lo conocía bien. Inmediatamente, después de saberlo, movilizaría a todos los hombres bajo su mando. Evans tenía la costumbre de fiarlo todo más a la fuerza que a la inteligencia. Una manada de elefantes salvajes enfurecidos harían, de seguro, mucho menos ruido que él. Los coches patrulleros ocuparían la carretera de Monterrey, lanzando al aire los estridentes aullidos de sus sirenas. Los hombres, armados hasta los dientes, se lanzarían en todas direcciones, en busca de Diana y sus raptores.

No; Wade no podía confiar la solución del caso al *sheriff* Evans. Quería recuperar sana y salva a Diana Dam. Su muerte le suponía una pérdida irreparable en dólares. Pero tampoco quería perder el

dinero del rescate, por lo menos mientras existiese una posibilidad de recuperarlo.

Entonces pensó en la agencia
Bensson & Clarck.

Habían trabajado otras veces para él. Conocía a Edwin Frome, y sabía de lo que era capaz. De forma que decidió ponerse al habla con él. Pero cuando lo hizo, faltaba una hora para el comienzo del plan de rescate elaborado por los raptos.

Localizó a Edwin en su apartamento. Y el detective aceptó, aunque se vio precisado a improvisar sobre la marcha, ante la premura de la falta de tiempo.

En primer lugar señaló a Wade la conveniencia de marcar cada billete con una leve señal de tinta roja, puesto que ese dinero estaba en la caja fuerte de la casa del millonario, y no contaban con su numeración. Eso podía servir para descubrirlos más adelante, en el caso de que las cosas se torcieran para ellos esa noche, y los secuestradores pudieran huir con el dinero.

Después, él se ocultaría en el coche y trataría de descubrir a los secuestradores, obrando conforme aconsejasen las circunstancias, pero sin exponer la vida de Diana. El resto estaba en manos de la suerte.

Mientras esperaba la llegada de Wade, el detective pensó en los dos principales personajes del caso.

Conocía a ambos.

Diana Dam era una mujer estupenda. Siempre lo había sido. El la conocía de la Universidad de Austin, de sus tiempos de estudiante. Siempre le había gustado la pelirroja Diana, aunque en aquellos tiempos, cuando tomaba sus primeras lecciones de música y canto, sus piernas delgadas y su cuerpo, largo y espigado, desmerecían de la mujer en que había plasmado al fin. Pero ella tenía también entonces un encanto especial con su linda carita pecosilla, su pelo rojizo y su nariz ligeramente respingona.

Diana tenía temperamento artístico, aunque no en la medida que ella imaginaba. Su ilusión había sido llegar a convertirse en una famosa soprano, cantar ópera y actuar en los mejores teatros del mundo. Pero la voz no le había dado para tanto. Había alcanzado la fama, más en el género frívolo. Allí el cincuenta por ciento del triunfo se cimentaba en poseer tinas curvas bien definidas y saber

insinuarse en el escenario.

Edwin no la había olvidado, a pesar del tiempo y la distancia. Habían asistido juntos a muchas fiestas estudiantiles. Pero él nunca se atrevió a confesarle la verdad. Era un soñador en el fondo, y comprendió que aquello solo podía ser un sueño más. Diana era hija de uno de los profesores de más relieve de la Universidad. Y el suyo... Bueno; uno no tiene siempre la culpa de que su progenitor se entregue a la bebida, rompa un escaparate para apropiarse indebidamente de unas botellas y sacuda un golpe al policía que acude a detenerlo. Tampoco de que termine sus días en la cárcel, esperando el fallo del Tribunal. El pobre hombre no había sabido reponerse jamás del rudo golpe de la muerte de su esposa.

Para complicar más las cosas entre los dos, el padre de Diana era el profesor a quien Edwin había golpeado. Edwin comprendió por qué al viejo Dam no le gustaba que su hija frecuentase la amistad de un joven como él. No es justo, pero los prejuicios y las conveniencias sociales son tan propios en el hombre como la nariz o las orejas. Y es menos justo aún que por un rencor suscitado por esa causa, se eche a perder el porvenir de un hombre. El viejo Dam había hecho eso. Y Edwin, también por rencor, había hecho lo «otro». Puesto ante el dilema de no poder continuar estudiando, prefirió renunciar a los libros, después de haber dado rienda suelta a sus impulsos.

También había oído hablar de Wade Lheman. Había tratado con él en un par de ocasiones. Lheman era un cretino, un presuntuoso y un avaro. En Santa Cruz se contaban cosas muy sabrosas acerca de él. Aquellos cien mil dólares debían dolerle como si le estuviesen arrancando en vivo cien mil trocitos de sus propios intestinos.

Wade era grueso, de abultadas papadas y rostro adiposo. Había dejado atrás el medio siglo de existencia, y tenía un rostro ajado, siempre enrojecido. Vestía siempre ropas de corte impecable, aunque eso no contribuía en mucho a mejorar su silueta.

Lheman habíase izado en la vida a fuerza de puños, y guardaba su dinero con la misma tacañería de sus tiempos, ya lejanos, en que vivía en la miseria. Acerca de su proverbial tacañería, se contaba en Santa Cruz una sabrosa anécdota. Decían que, en cierta ocasión, Wade y otros dos amigos habían hecho una excursión por mar, a bordo de un pequeño yate. Una furiosa tempestad les sorprendió en

alta mar, y durante horas y horas permanecieron a merced de las olas, con la muerte suspendida sobre sus cabezas. El yate quedó muy castigado, pero finalmente amainó la tempestad y ellos lograron conservar sus vidas. Entonces uno de los acompañantes de Wade, hombre piadoso, se arrodilló, elevando sus oraciones para dar gracias a Dios por haberles librado de perecer ahogados. El otro compañero, al ver rezar a su amigo, se quitó el sombrero respetuosamente. Entonces Wade se lanzó de cabeza al mar. Al ver que el uno rezaba y el otro se descubría la cabeza, Wade pensó que iban a hacer también una colecta.

Edwin dejó sus pensamientos para centrar su atención en los ruidos que provenían del exterior. Y percibió unas recias pisadas en el jardín. Al parecer, Wade salía ya de la casa, dispuesto a iniciar la operación de rescate.

Poco después, sintió abrirse la puerta del garaje y captó el ruido peculiar de la portezuela. Enseguida se levantó la tapa del portaequipajes y el detective miró el rostro de Lheman, cubierto de sudor y contraído en una mueca de ansiedad.

—¿Todo bien, detective?

—Es pronto aún para responder a eso, ¿no cree?

—Ahórrese los sarcasmos, Edwin. Usted me entiende.

—Bien —sonrió el detective—. No se sulfure. El primer paso está ya dado. Confiemos en que esos hombres no se hayan dado cuenta de mi intervención.

—No olvide mis instrucciones, Edwin —comentó el empresario—. Prefiero perder ese dinero a perder a la pelirroja Diana.

—No se preocupe. Conozco mi profesión.

Wade no respondió nada esta vez. Era cierto que confiaba en la eficiencia de Edwin. Confiaba en que pudiera seguir la pista de los raptos y rescatar a la mujer, junto con el dinero.

Volvió a bajar la tapa y, unos minutos más tarde, abandonaban el garaje.

Wade condujo lentamente, hasta alcanzar la carretera, apretando de firme el acelerador a partir de ahí.

Edwin captó, como si proviniesen de muy lejos, las campanadas de las once. La hora señalada por los secuestradores de Diana para el comienzo de la operación. Si todo iba bien, en media hora escasa podían llegar al lugar indicado para que Wade dejase el coche con

el dinero.

Este conducía con los dientes enclavijados, lanzando continuas miradas de soslayo al portafolios que contenía el dinero, colocado junto a él. Y cada vez que lo hacía, un leve gemido escapaba de su garganta. Luego, sus labios se movían para mascullar algunas maldiciones, que habían sido peculiares en él durante sus malos tiempos.

Aquellos granujas habían sabido ponerle entre la espada y la pared, aprovechando bien el momento crítico para llevar a cabo su turbio negocio. Cien mil dólares o la amenaza de una pérdida diez veces superior. Pero pagarían caro su atrevimiento. Sólo con que Edwin consiguiese identificar a uno de ellos, sería suficiente para que lamentasen durante el resto de sus días el haberle hecho eso.

Wade se desvió hacia el centro de la cinta asfaltada para tomar la pronunciada curva que se iniciaba ante él. Y de pronto se encontró frente a otro coche de modelo anticuado, lanzado a toda velocidad.

Lheman aplicó a fondo el pedal del freno al tiempo que giraba el volante hacia su derecha, desviándose sobre los setos que delimitaban la carretera.

El conductor del otro vehículo, que describía peligrosas eses, aplicó también el freno, pero desvió la marcha en la misma dirección que Wade, de forma que entraron en colisión, si bien la fuerza del impacto no fue muy contundente. El guardabarros delantero del «Chevrolet» se hundió a medias con estrépito, deteriorando también una parte del capó.

Se hallaban en uno de los lugares más solitarios de la carretera, bordeada de setos. Pero los respectivos faros de ambos vehículos alumbraban nítidamente el escenario del accidente.

Wade saltó al suelo, enrojecido de ira. Y el otro conductor le imitó, tambaleándose como ebrio.

Wade hizo una mueca de repugnancia al llegarle el aliento del hombre, que apestaba a *whisky*.

—¿No puede mirar mejor por dónde va? —le espetó—. Ha estropeado mi coche. Y ha estado a punto de provocar un grave accidente. ¿Está borracho o acaso...?

Cortó en seco su frase al reconocer al hombre.

—¡Rufus Plaffer! —exclamó con ronca voz.

—¡Demonios! —pronunció el otro con voz estrepitosa, riendo estúpidamente—. Si es nada menos que Wade Lheman, el gran empresario teatral. Esto sí que tiene chispa. El sueño de un asalariado convertido de pronto en realidad; poder sacudirle al coche del patrón y...

Calló, poniéndose serio de repente; muy serio.

—Vaya asunto —balbució—. Disculpe mi torpeza, Lheman. Yo no podía imaginar que usted...

—Es usted un maldito imbécil, Rufus —estalló el empresario—. De forma que el sueño de un asalariado es éste, ¿eh?

—No se enfade conmigo. He salido a dar un paseo con mi botella y mi coche, y creo que he bebido un poco de más. Pero es una compañera tan fiel esa botella, que no sé negarme a rechazarla cuando se me ofrece. Yo le ruego que sepa disculparme.

Wade fue serenándose al oír las súplicas del hombre, alto y extremadamente delgado, con las huellas del abuso del alcohol impresas en sus facciones. Porque no había nada que le produjese mayor satisfacción que ver a alguien humillándose ante él. Quizá porque él había visto precisado a humillarse con demasiada frecuencia ante los demás, en tiempos ya lejanos.

—Está bien, Rufus —dijo en tono natural—. Pero procure ir con más cuidado en el futuro. Si continúa así, muchos días no podrá acudir a su trabajo.

—¿Quiere decir que no me despiden usted? —tartajó el otro, mirándole con regocijo y, al mismo tiempo, con estupor.

—En absoluto. Cumple usted bien con su obligación, y es todo cuanto debe importarme, como patrón suyo. Esto es, al fin y al cabo, un incidente sin importancia.

En ese momento, percibieron la llegada de otro coche. Y al tomar la curva, los potentes haces de luz de sus faros les iluminaron de lleno. Luego, el vehículo fue a detenerse junto a ellos, con leve chirrido de sus frenos. Un hombre descendió de él; un individuo bajo y achaparrado, cuyos labios se curvaban en una perenne sonrisa.

—¿Hay algún herido? —indagó.

—No ha sido nada, Kelston —respondió el dueño del teatro—. Un golpe sin importancia.

Se acentuó la sonrisa del recién llegado al reconocer a su vez a

Wade.

—Hola, Lheman. No le había reconocido. ¿Necesitan alguna ayuda?

—No; muy agradecido por su ofrecimiento, pero todo está en orden.

Kelston retornó a su coche, emprendiendo seguidamente la marcha. Entonces Wade ordenó a su empleado maniobrar hacia atrás, para destrabar los dos vehículos. Después, esperó a que el coche de Rufus se perdiese al otro lado de la curva antes de volver a su puesto.

Sintió un frío intenso recorrerle la médula, al comprobar que el portafolios había desaparecido del asiento. En su lugar habían dejado un papel escrito.

Lo tomó con manos temblonas, y se apresuró a levantar la tapa del portaequipajes.

—Se han llevado mi dinero —gruñó—. Han dejado esto en su lugar.

Edwin saltó afuera y se acercó a los faros para leer en voz alta las palabras, escritas en pésima caligrafía:

«Merecía un escarmiento por avisar a ese detective idiota. Se lo advertimos, pero no vamos a dárselo, por el momento. En el camino que conduce al rancho Angles-20, encontrará una cabaña. Diana Dam está en su interior sana y salva. Y no derrame sus lágrimas de cocodrilo por este dinero. De todas formas saldrá usted ganando con su miserable explotación de Diana Dam, viejo avaro».

Edwin rompió el papel en menudos fragmentos, flameantes sus ojos de rabia. Se alegraba en su fuero interno de que al viejo avaro le hubiesen timado los cien mil dólares. Merecía la lección, aunque él perdiese la recompensa ofrecida. Pero aquello de «detective idiota...», alguien iba a lamentar de veras haberlo escrito.

—Valiente detective está usted hecho —bramó Lheman de pronto, al recordar el portafolios perdido.

—No diga estupideces —exclamó el joven—. He notado la

colisión, y permanecido alerta desde entonces. Pero no he querido descubrirme. Falta aún un largo trecho para el lugar señalado por los raptos. Consideré que se trataba de un incidente sin importancia al oírle hablar amigablemente con ese borracho. Pero nos hallamos ante alguien que posee una sutileza inusitada. Sin embargo, le aseguro que ese alguien va a tener que lamentar muchas cosas.

Edwin examinó los setos más cercanos al coche.

Encontró el lugar exacto por donde alguien había pasado para apoderarse del dinero, aprovechando la circunstancia del accidente. La distracción de los tres hombres le había dado toda clase de facilidades para apoderarse del portafolios. Y la distancia del coche a los setos era mínima, de forma que sólo había tenido que alargar el brazo para tomar el dinero.

El detective no pudo hallar ningún rastro entre la maleza que cubría el suelo al otro lado de los setos. Y la oscuridad no facilitaba precisamente ese trabajo.

Volvió a la carretera, con gesto hosco.

Aquellos hombres sabían bien lo que llevaban entre manos. Debían haber vigilado la mansión de Lheman, tanto como a éste. Inteligentes. Y rápidos en actuar. Algo que no les confería una seguridad tan absoluta como para decir de él que era un detective idiota. No desde el momento en que ellos, pese a su rapidez y sagacidad, habían cometido un fallo. Porque aquello resultaba demasiado perfecto para que fuese fruto de la casualidad. Y eso quería decir que Rufus Plaffer no era ajeno al secuestro de la artista.

—¿No ha encontrado nada? —dijo Lheman con ansiedad.

—Nada. Es difícil con esta oscuridad.

—¡Maldita sea! Ellos, en cambio, sí han encontrado lo que buscaban.

—No empiece a derramar sus lágrimas de cocodrilo, Lheman. Y voy a serle sincero. La sinceridad ha sido siempre una norma en mí. Es usted un tipo asqueroso, un epicúreo. He oído decir de usted, y lo creo, que cuando aparece alguna chica estupenda en la pantalla de la televisión, usted se inclina debajo del aparato para mirar si puede ver algo bajo sus faldas. Y no hablemos de su afición por el dinero. En el fondo se merece esta lección. Pero le prometo, pese a todo, que voy a hacer lo imposible por recuperarlo y castigar a esos

pájaros de cuenta. No por usted, sino por el hecho de haberse atrevido a insultarme.

—¿Insultarle? Pero...

Wade recordó en ese instante el contenido de la misiva. Y el hecho le arrancó una burlona risita.

—Comprendo —dijo—. Y celebro que hayan dicho eso de usted. Es la única esperanza de que yo pueda recuperar mi dinero, después de sus manifestaciones de simpatía hacia mí. ¿Qué hacemos ahora, detective...?

Edwin engarfió sus manos en la pechera de la chaqueta del empresario, atrayéndolo hacia sí.

—Guárdese sus sarcasmos, sapo de charca pestilente. La próxima vez que insinúe eso, le juro que recupero ese dinero sin que usted tenga la menor noticia de ello.

Lheman se atragantó. No por lo de sapo, ya que había oído otras veces, sino por la amenaza del detective de solucionar el caso y quedarse con el dinero.

—Está bien, Edwin —dijo—. Olvídelo. Era una broma.

—Bueno; yo le he hablado en serio. Vamos a esa cabaña.

Subió al coche, junto al atribulado Lheman, que conectó el encendido.

—¿Ha tenido alguna dificultad con Diana Dam? —le preguntó, de súbito, el detective.

—Diana es la simpatía en persona.

—Eso no importa para que surjan problemas entre dos personas.

Lheman miró de soslayo al detective, con una extraña expresión en sus adiposas facciones.

—Sí que he tenido algo de eso —replicó al fin—. Sin embargo, no creo que pueda considerarse como un problema. Una diferencia de criterio, eso fu todo. Yo, al menos, lo estimo de esa forma.

—Concrete más, Lheman.

—¿Para qué? No tiene importancia.

—Quiero conocer esa parte de la cuestión —insistió Edwin.

—Lo aparta de su misión.

—Escuche gordito. Usted ha contratado mis servicios. Quiere recuperar ese dinero, ¿no? Pues coopere, amigo. Los informes pueden servirme de mucho.

—De acuerdo —asintió Wade, sin mucho entusiasmo—. Si usted

opina de esa forma...

—Desde luego.

—Todo lo que es Diana como artista, me lo debe a mí —explicó—. Tuve un pequeño teatro en Nueva York antes de venirme a California. Ella actuaba en un conjunto, de *girl*. Quería llegar a la cumbre, como todas, por supuesto, y se aferró a lo primero que le salió al paso.

—Diana no tenía necesidad de recurrir a eso. Su padre...

—Su padre murió y, al parecer, no la dejó en una situación muy desahogada.

—Ya. Continúe.

—Aquella compañía estuvo en mi teatro, y fui el primero en descubrir sus posibilidades. Entonces le propuse figurar como estrella principal de otro espectáculo. Allí empezó la serie de triunfos que le han llevado al puesto que hoy ocupa. Pero las cosas se complicaron para mí en el Este, y decidí probar fortuna en California. Dejé a Diana colocada en otro teatro, y emprendí la marcha. Diana triunfó plenamente, y a mí tampoco me han ido mal las cosas aquí. Y cuando ella actuó en San Francisco, decidí que mi teatro ganaría mucho en categoría si ofrecía un espectáculo encabezado por ella. Al principio se resistió un poco. Ya no es una chica que empieza. Pero pude disuadirla al fin. Alegué lo que ella me debía en su carrera artística y cedió. Firmó el contrato. Y luego, cuando todo estaba preparado, exigió una cantidad mayor, amenazándome con negarse a trabajar lo rechazó en redondo y al fin atendió mis razones. La Ley me protege en este caso, y podía obligarla a ello. Pero la verdad es que apenas discutí, al comprobar mi firme actitud de no ceder. No hemos vuelto a hablar más acerca de eso.

—¿Qué cantidad le exigió Diana?

—Cien mil dólares.

—Una coincidencia curiosa —ironizó el detective—. Ahora los secuestradores se han llevado el dinero que usted se negó a concederle a ella. Quizá conocían ese detalle.

Lheman barbotó algo en voz baja, pero no respondió a la observación de Edwin Frome.

—Hábleme de ese Rufus Plaffer —dijo el detective—. Trabaja para usted, ¿no? Es lo que entendí a través de sus palabras.

—Sí.

—¿Actor?

—No. Es el encargado del... Bueno; nosotros le llamamos el «cuarto de los trastos». Donde se guardan las ropas, caretas y todos aquellos objetos que son necesarios en un teatro. Tiene buena mano para eso.

—¿No le ha hecho peticiones de dinero alguna vez?

—Nunca —se apresuró a responder Lheman—. Rufus gana lo suficiente para vivir bien.

—¿Sí? Pues resulta eso extraño, trabajando para un hombre como usted.

—Oiga —espetó el empresario—. Vamos a hacer un pacto usted y yo. No volveré a decirle detective idiota, pero usted tampoco debe...

—No siga, Lheman —le atajó el joven—. Es mejor que calle ahora. De acuerdo. Liaremos ese pacto. Nada de insultos mutuos. No quiero que reviente usted como una fruta madura caída desde la rama más alta del árbol. Y es lo que va a sucederle, si se pone como ahora. Continúe hablando de Rufus. Dice que gana lo suficiente para vivir bien.

—Exacto. Cumple con su trabajo y no tiene deudas con nadie.

—Sin embargo, el accidente ha sido provocado, Lheman.

El empresario lo miró de soslayo, con visible estupor.

—Parece muy seguro de lo que dice, Edwin.

—Lo estoy. Y eso quiere decir que Rufus está en combinación con los secuestradores.

—Pero... No, Edwin; no puede ser —alegó Lheman con calor—. Olvide eso. Pondría la mano en el fuego por ese hombre. Tiene un defecto, pero no es precisamente ése.

—Es un alcohólico. Ése es el defecto a que usted se refiere, ¿no, Lheman?

—Eso mismo. Pero tampoco puede culpársele por ello. Su esposa y sus dos hijos murieron en un accidente de automóvil, cuando acudían a reunirse con él en un lugar de recreo. Hace varios años de eso, y nunca ha podido reponerse del golpe. Pero jamás haría una cosa semejante, y menos a mí. Es el concepto que tengo de él.

—No confíe demasiado en nadie, Lheman. Un hombre es mucho más complicado de lo que pueda parecerle. Alberga pensamientos,

concibe ideas y tiene deseos que sólo él conoce. Algo muy distinto de su forma de comportarse ante los demás. No olvide nunca esto. Y tampoco olvide que el detective soy yo. Usted tendrá vista para descubrir a una estrella entre las *girls*, pero yo la tengo para sacar conclusiones de los hechos.

—No puedo creerlo —susurró Lheman.

—Es igual. El que usted lo crea o no, no cambia los hechos.

El empresario torció por el camino que empalmaba la carretera con el Angles-20, y poco después tenían ante ellos la cabaña de troncos, de tosco aspecto.

Lheman detuvo el coche junto a la entrada y ambos hombres se apearon con prisa febril.

Edwin empujó la puerta, comprobando que estaba abierta.

Entraron entonces, encendiendo el detective su potente foco eléctrico. Y a su luz, descubrieron el cuerpo de la joven, tendido en un rincón de la cabaña, sobre un montón de hojarasca. Tenía pálido el rostro y los ojos cerrados, pero sus senos se agitaban a impulsos de una respiración normal.

El detective se arrodilló junto a ella y la auscultó.

—Está dormida —dijo—. Su pulso es normal. Lo más seguro es que haya sido narcotizada. No creo que tarde en despertar.

El registro de la cabaña, que carecía de muebles, no le reveló nada.

Sacó a la joven, la acomodó en el asiento posterior y se situó junto a ella, dejando que la cabeza de Diana descansase sobre su hombro. La rodeó por la cintura con su brazo y ordenó a Lheman:

—Debemos llevarla ahora a su casa. Necesita descansar y reponerse de la impresión sufrida.

Edwin condujo a la joven hasta su lecho, dejándola en manos de la doncella, y volvió al *hall* para tomar al millonario por un brazo y obligarle a salir a la calle.

—Escuche bien, Wade —dijo—. Diana volverá pronto en sí. Han debido hacerle ingerir algún barbitúrico. No corre ningún peligro, pero es conveniente que la dejemos descansar sin molestarla ahora. Mañana estará en disposición de dialogar conmigo, y quizá de acudir a su trabajo. Yo me encargaré de hablar con ella acerca de su secuestro. Deje eso en mis manos. Y a Rufus Plaffer también. No le diga nada, ni la más leve insinuación. Yo sé cómo tratar a esa clase

de gente. Eso es todo. Buenas noches, Wade. Y si le cuesta conciliar el sueño, piense en un desfile de corderitos. Aunque llegue a contar cien mil; uno por cada dólar que le han escamoteado esta noche.

—Gracias por el consejo —masculló Lheman, de mal talante—. Prefiero pensar en las olas del mar muriendo mansamente en la playa.

—Eso es peor. Si piensa en la playa pensará también en unas bañistas estupendas. Lo conozco, Wade. Y cuando aparezcan esas bañistas, usted no podrá cerrar los ojos. ¡Cualquiera se duerme, en ese caso!

CAPÍTULO II

Edwin acudió a la casa de Diana a media mañana.

La joven estaba acabando de tomar su desayuno cuando la doncella, una jovencita que competía en belleza con la dueña, le pasó al *hall*.

Diana le tendió su diestra con un gesto lánguido, estudiado, mientras exhibía una de las múltiples sonrisas atractivas, ensayadas ante el espejo.

—Buenos días, Diana. ¿Cómo se encuentra?

—Me encuentro bastante bien, gracias. Aún no se han pasado del todo los efectos de la impresión, pero eso es algo que no ofrece cuidado.

—Lo celebro. Ya veo que ha hablado con Wade Lheman.

—¿Sí? —rió ella con su coquetería habitual—. ¿Cómo puede saberlo?

—Por una lógica deducción. Usted sabe ya quién soy y el motivo que me trae aquí.

—Por supuesto. Wade estuvo a primeras horas de la mañana. No me encuentro muy animada, pero le he prometido ir al ensayo. Es lo menos que puedo hacer en su obsequio, después de lo que él ha hecho por mí. El me dijo lo referente a usted. Que debo cooperar en todo con usted. Bien, —dígame ahora cómo pudo saber que yo conocía ya el motivo de su visita.

—Estabas enamorado de mí, ¿verdad, Edwin?

—Olvida eso, Diana. Yo era entonces un muchacho que soñaba con alcanzar las estrellas.

—¿Te refieres a mí con esa alusión?

—En absoluto. Tú entonces no eras aún una estrella.

—Bueno —adujo ella—. Creo que mi padre se dio cuenta de

muchas cosas que nosotros no comprendíamos aún del todo. Ahora has cambiado mucho en tu aspecto físico. Entonces eras un muchacho flaco y larguirucho. Ahora...

—Vamos, Diana. No cabe hacer comparaciones. No me hagas decirte lo que parecías tú por esos años, con tus pecas y tu pelo de panocha.

Ella hizo, de pronto, un gracioso mohín de enfado.

—Has sido injusto conmigo, Edwin. Debiste darte a conocer desde el primer momento. Wade me habló de un detective privado, pero no me facilitó tu nombre, sino sólo el de la agencia. Y me has estado tratando con toda ceremonia, como si fuésemos dos desconocidos. Un detective en misión de servicio, y una mujer que acaba de ser rescatada de las garras de sus raptores. Has querido vengarte así de mi olvido y eso no está bien. Escucha, Edwin. Es terrible adquirir fama y popularidad. La gente te abrumba en todas partes. Periodistas, peticiones de autógrafos, curiosos... Todos los días docenas de caras nuevas en mi vida. Así, una no llega a reconocer a los viejos amigos.

Edwin le acarició la mejilla con las puntas de sus dedos.

—De acuerdo, Diana —dijo—. Me he portado mal en eso. Pero he conocido a otras personas que se olvidan de los viejos amigos cuando adquieren fama y fortuna, y no precisamente por ver caras nuevas todos los días. Se limitan a mirarle a uno por encima del hombro, considerándose superiores por el hecho de poseer ahora una cantidad de dólares más o menos grande. El veneno del dinero, Diana. Y a pesar de todo, has dicho una gran verdad. Eres una mujer que acaba de ser liberada de sus raptores y yo un detective en funciones. Es, en realidad, el motivo de esta visita. Quizá no te guste, pero nunca se me ocurrió visitarte como amigo. Ignoraba cómo reaccionarías y acostumbro a pensar lo peor de las cosas.

—Ya surgió la terrible sinceridad de Edwin Frome.

Le sirvió una taza de café, que él aceptó.

—¿Cómo te secuestraron, Diana?

—Todo fue demasiado rápido —replicó evasivamente—. Me gusta pasearme sola junto al mar.

—Es una mala costumbre, aunque parezca lo contrario.

—Quizá tengas razón. Pero esos paseos tienen un encanto especial para mí. Me recuerdan los tiempos pasados. La vida era

entonces muy hermosa. Este ajeteo me desquicia los nervios. Me siento otra mujer muy distinta en medio de la soledad. Eso me ayuda a recobrar la serenidad. Y no acostumbro a ir demasiado lejos.

—Tu habitación puede brindarte esa soledad. Y ahí sí que la compañía de alguien puede resultar peligrosa.

—No fui muy lejos ese día tampoco —siguió diciendo ella, pasando por alto el sarcasmo de Edwin, Bajé del coche y contemplé el mar. Cerca del camino que conduce al Angles-20. Otro coche se detuvo junto a mí, pero apenas le presté atención. De pronto me amenazó con una pistola el hombre que lo conducía y me obligó a seguirle. Eso es todo, Edwin.

—¿Todo?

—Bueno; casi todo. Ese hombre me llevó hasta la cabaña y me retuvo allí. No puedo decir que haya disfrutado comodidades, pero en todo momento me trató con una gran deferencia. Ni un mal trato o una mala palabra. Parecía un hombre bien educado. Pero no pude verle el rostro, porque lo llevó en todo momento cubierto con una máscara. Me explicó lo que había exigido a Lheman y me alegré. Ese viejo avaro lo merecía. El mismo está arruinando el negocio con su tacañería. Jamás hubiese accedido a actuar para él. Pero...

—Pero ¿qué? —La animó el detective.

Diana no respondió. Y Edwin leyó en sus ojos un oculto temor, una aprensión que la obligaba a mantener en silencio algún motivo oculto, que era la causa de su aquiescencia para actuar con Wade Lheman.

—¿Te ha hablado algo respecto a eso? —preguntó ella en tono cauto.

—Algo. Muy por encima.

El detective le explicó lo que Lheman había contado al respecto. Algo que arrancó a la joven una sarcástica carcajada.

—Es un zorro hipócrita —dijo Diana—. En nulidad no me descubrió él, sino uno de sus amigos. El otro le abrió los ojos acerca de lo que podía resultar yo como cantante de revistas. Entonces me explotó miserablemente. Yo necesitaba adquirir cierta fama, abrirme camino, y consideré que merecía la pena aguantarlo por algún tiempo. Luego se marchó de Nueva York, ignoro por qué causas. Entonces me llevó a otro teatro y traspasó mi contrato por

otra cantidad mayor que la que había pagado por mis actuaciones. Hizo su gran negocio, apoyado por las cláusulas del contrato.

—Comprendo. Y me explico menos aún cómo has accedido ahora a firmar un nuevo contrato para él.

Otra vez volvió a los ojos de Diana aquella expresión de temor, aquella aprensión, que no escapaba a la percepción del detective. Pero Edwin, comprendiendo también que ella no quería revelarle la razón que motivaba aquella súbita reacción, prefirió no ahondar, de momento, en el asunto.

—Sé que Wade Lheman es un granuja de siete suelas —dijo—. Creo que algún día le ajustaré las cuentas a ese pájaro. Pero de momento me conviene trabajar para él. Hay por medio una buena recompensa. Háblame ahora del hombre que te secuestró. ¿Recuerdas su voz o algún detalle de su persona que podrías reconocer si otra vez te hallases frente a él?

—Nada. La máscara desfiguraba el timbre de su voz. Incluso llevaba guantes y ni siquiera pude ver el color de su piel. Jamás podré asegurar si se trataba de un hombre blanco o de un negro. Siento no poder ayudarte más a ganar esa recompensa.

—No tiene importancia, Diana. Dime tu opinión acerca de Rufus Plaffer.

La vio sobresaltarse ligeramente al pronunciar el nombre del encargado del «cuarto de los trastos».

—¿A qué viene esa pregunta? —preguntó con voz opaca—. Rufus es un buen hombre.

—Eso falta demostrarlo. En mi opinión, Rufus no es ajeno a tu secuestro.

Diana dejó escapar a chorro su argentina risa. No obstante, había un algo nervioso en el tono de su carcajada, que la hacía sonar a falso.

—Rufus no tiene nada que ver en esto —dijo al fin—. Es absurdo. Ese hombre tiene un punto flaco; bebe demasiado. Parece que la tragedia lo empujó a ello. Pero lo demás...

—Está bien. Tu opinión coincide con la de Wade. Pero yo he descubierto algo respecto a ese hombre y debo comprobarlo de inmediato. Te acompañaré al teatro ahora.

Diana se puso seria de repente; una seriedad poco habitual en ella.

—¿Qué tienes contra Rufus? —inquirió.

—Nada aún. En realidad se trata de una hipótesis. Sin embargo, hay algunas cosas que confirman la lógica de esa hipótesis. Y también tengo una corazonada.

—¿Crees en las corazonadas?

—Claro —replicó él—. Ten en cuenta que un ochenta por ciento de las deducciones de un policía que lo llevan a descubrir un misterio profundo, se basan en simples corazonadas.

Diana no adujo nada más. Se encerró en su dormitorio y el detective se aproximó a la puerta, pegando el oído a los intersticios para escuchar lo que ocurría dentro.

Percibió el ruido característico del disco del teléfono al ser marcadas las cifras de un número entero. Después, la voz de Diana:

—Roger: Póngame con Rufus Plaffer.

Siguió un largo compás de espera. Luego volvió a captar la voz de la joven, con una nota de desencanto.

—Está bien, Roger. Si no lo encuentra, ¡qué le vamos a hacer!

El detective se irguió con una sonrisa maliciosa. Y entonces se dio cuenta de que la doncella de Diana se hallaba detrás de él, a pocos pasos de distancia, observándole con curiosidad.

—Hola, preciosa —sonrió.

—¿No le parece que es una mala costumbre escuchar detrás de las puertas? —pronunció la doncella con ironía.

—Eso depende de quién lo haga. En un detective es una virtud.

—Ya. Y usted es un detective.

—Exacto —respondió sin perder el aplomo—. Y usted un encanto de mujer. Iba a decirle que es usted un bombón, pero me quedaría corto. Es una caja completa de bombones. No me explico cómo Diana la tiene a su servicio. A las mujeres hermosas no les gusta tener a su lado a otra mujer que las supera en belleza.

Había dado en el clavo. La vio estremecerse de satisfacción. Y era también una invitación la insinuante sonrisa de la muchacha.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él—. Cuando veo una obra de arte me gusta saber su título.

—Clara.

—Bonito nombre. El mío es Edwin. Sin tratamientos.

Se acercó a ella, tomándola por ambos brazos. Era difícil sustraerse al encanto de aquella muchacha y rechazar la invitación

de sus ojos.

Cuando se inclinaba sobre ella para besarla, oyeron la puerta de la habitación de Diana.

Separáronse con disimulo. Y Edwin miró con cierto rencor al objeto de su primer amor. Podía haber tardado un poco más en prepararse. Le había echado a perder un momento estupendo.

Media hora más tarde, llegaban a la entrada del Grand Theatre, en plena Washington Avenue, en el corazón de la ciudad.

La joven llevó a Edwin hasta una puertecilla lateral, que comunicaba con un largo pasillo, bastante angosto. Éste se bifurcaba a la izquierda, iniciando la escalera que conducía a otro corredor más amplio, donde se hallaban los vestuarios destinados a las primeras figuras. Terminaba más allá, en un amplio espacio libre, cuyo centro era el escenario en sí.

Una escalera de madera ascendía hasta otra planta superior, donde se hallaban los aposentos comunes destinados para los comparsas de ambos sexos, el lugar desde donde era manejada la tramoya y, al fondo de ese pasillo superior, el «cuarto de los trastos».

Lheman estaba allí, observando el ensayo de las *girls* a los acordes del piano.

Reinaba allí una barahúnda infernal. Voces dando órdenes, murmullo de conversaciones, los ruidos de los trabajadores que preparaban los decorados; todo esto mezclado con las notas del piano y el rítmico golpear de los pies sobre las tablas del escenario.

Wade se apresuró a acudir junto a ellos al verles llegar al extremo de las bambalinas.

Saludó a Diana con servil efusión. Le había costado cien mil dólares más de la cuenta y merecía la pena extremar sus atenciones con ella, aunque aquello le doliese en el alma.

Luego estrechó la mano del detective, bajando la voz para decir:

—¿Ha sacado algo en limpio de las declaraciones de Diana?

—Nada.

—Mal asunto —dijo—. Creo que será difícil recuperar ese dinero.

—Muy difícil, por supuesto.

Edwin estuvo a punto de soltar la carcajada al ver el gesto compungido del empresario.

—No queda ninguna baza más para jugar, Edwin. Creo que voy a desistir.

—Queda una —replicó el detective.

Wade hizo un gesto ambiguo con la diestra.

—No quiero que esto trascienda al público. No haga la menor declaración a nadie. Diana está advertida ya.

—No se preocupe respecto a mi silencio. Soy el primero en desearlo. Si esto llega a oídos del *sheriff*, tendré complicaciones con él.

—Bien. Me resigno a contar con cien mil dólares menos.

—Pero yo no me resigno a quedarme sin recompensa.

—Se la daré de todos modos, Edwin —dijo el empresario—. Usted ha hecho lo que ha podido.

—Pero yo no la acepto. No la aceptaré más que cuando me la haya ganado por mis propios méritos. Soy muy escrupuloso. Parece que eso de tomar una recompensa por no hacer nada, suena a corrupción. ¿Dónde puedo encontrar a Rufus Plaffer?

—Pues tengo la impresión de que hoy no ha venido al teatro. Y es extraño. No es hombre que acostumbre a faltar a sus deberes.

—Estará durmiendo aún su borrachera de anoche —apuntó Edwin.

—No lo creo. Rufus se emborracha ocho veces por semana, pero no es óbice para que cada mañana acuda puntual a su trabajo.

—¿Ocho veces por semana, Wade?

—Sí. Los días de fiesta se emborracha dos veces.

—¿Tiene una llave del cuarto ése?

—Por supuesto. Una de las *girls* estuvo antes para pedir algo a Rufus, pero éste no respondió a sus llamadas.

Y yo no he querido entregar nada sin estar Rufus. Es contraproducente. No es realmente necesario para los ensayos y luego desaparecen las cosas por falta de vigilancia. De todas formas, he llegado aquí de los primeros y Rufus no lo ha hecho después. No me he movido del escenario en todo el tiempo y él tiene que pasar forzosamente por aquí para subir.

Wade sacó un llavero del bolsillo y torció ti gesto.

—Me la he dejado en casa, Edwin. Pero no importa eso. El conserje tiene otra.

El conserje escuchó las explicaciones de Wade y luego se volvió

hacia el tablero de la pared donde se guardaban las llaves de todas las dependencias.

—Diablos —exclamó—. Falta esa llave. Pero Rufus ha estado esta mañana. Fue el primero de todos en llegar. Lo recuerdo perfectamente, porque charlamos acerca del tiempo.

Los dos hombres ascendieron la empinada escalera de madera, resoplando Wade como un viejo fuelle. Luego se adentraron por el pasillo.

Los vestuarios de las *girls* se encontraban vacíos. Todas se hallaban abajo, efectuando los ensayos. Ni siquiera lo habían utilizado. Y no lo harían hasta terminar, para retocarse. Por eso a Wade le costaba un esfuerzo mayor seguir al detective. Las *girls* estaban ensayando con sus trajes de calle.

Edwin se detuvo junto a la puerta que su acompañante le señaló, golpeándola con fuerza.

—¡Rufus! ¡Abra esta puerta, Rufus!

Insistió por tres veces más sin obtener respuesta. Entonces se volvió a Lheman.

—Hay que derribar esta puerta. No vamos a esperar más. Intuyo algo siniestro en todo esto.

El detective cargó contra la hoja, que cedió al segundo embiste.

Entraron juntos.

En primer lugar, había una mesa de escritorio y un mueble fichero. Sobre la mesa un talón y útiles para escribir. Rufus era metódico en su trabajo y llevaba un perfecto control de las entregas de objetos a su cargo.

El resto del cuarto, muy espacioso, estaba repleto de trajes que colgaban de perchas adosadas a la pared; trajes de todas las épocas y modelos. En el suelo, en perfecto orden, sombreros, máscaras y otros objetos de índole diversa. Y en uno de los ángulos, encogido de un modo inverosímil, el cuerpo de Rufus Plaffer, en trágica inmovilidad.

Escapó un gemido de la garganta de Lheman mientras el detective se acercaba al cadáver y se arrodillaba junto a él.

Estaba muerto. Y la muerte había estereotipado en sus facciones un gesto de terror, que lo asemejaba a una de las máscaras bajo su cuidado. Tenía hundida la base del cráneo.

Junto al cadáver había un mazo grande, de largo mango, en una

de cuyas caras conservaba pegotes de sangre seca, a la que habíanse adherido mechones de pelo.

—Llame al *sheriff* —tartajeó Lheman—. Hágale venir. Esto es inaudito.

—Llámelo usted mismo —respondió Edwin—. Yo quiero mirar esto.

—Pero...

—¿Qué le ocurre, Wade? ¿Le molesta que haga averiguaciones acerca de este crimen?

—No me molesta; me extraña simplemente —respondió el empresario—. Tendrá que vérselas con el *sheriff*. Y eso es algo que no parece gustarle nunca demasiado. Además, su misión es otra al fin y al cabo.

—Es cierto eso —murmuró Edwin—. Pero usted sabe lo que pienso respecto a Rufus. Hablamos anoche de eso. Y no es necesario que el *sheriff* sepa nada. Yo guardaré silencio al menos. Es lo más prudente.

Miró a su interlocutor al decir esto.

El rostro de Lheman expresaba el temor. Estaba pálido, desencajadas sus facciones. Sudaba copiosamente y sus ojos mostraban un terror semejante al que debía haber experimentado Rufus en el momento de su muerte.

—Aquí hay algo más que un crimen, Lheman —dijo—. El secuestro de Diana y la muerte de este hombre son dos hechos íntimamente ligados entre sí. Además, tengo motivos para suponer que este pobre diablo está complicado en otros asuntos más sucios que el del secuestro.

—¿Qué clase de asuntos?

—Se lo diré en otra ocasión. Algo por lo que yo siento una especial aversión.

Lheman se alejó con paso vacilante, sin replicar nada. Estaba demasiado asustado para articular palabra alguna.

Al quedarse solo, Edwin se dedicó a examinar la estancia.

No encontró nada que pudiera servirle de pista. Excepto el cadáver y el mazo con el que había sido consumado el crimen, todo estaba en perfecto orden. Como si la muerte de Rufus hubiera sido realizada por alguien en un momento de arrebato.

Registró las ropas del muerto.

Encontró unas llaves, que guardó, y una cartera. Y en ésta la confirmación de sus sospechas acerca de la complicidad de Rufus en el secuestro de Diana. Junto a unos papeles sin importancia, había cinco mil dólares en billetes grandes. Y todos los billetes tenían en una esquina una minúscula cruz de tinta roja. La señal que Wade había hecho a los billetes preparados para ser entregados como rescate de la artista, siguiendo sus instrucciones.

Edwin guardó aquel dinero en un bolsillo, dejando todo lo demás en orden. Tenía una teoría de los hechos y seguiría su propio camino para llegar a la meta final.

El *sheriff* se presentó poco después.

Evans era un hombre eficiente cuando se trataba de cerrar el paso, de acorralar a un criminal determinado, pero su cabeza no estaba hecha para solucionar casos complicados.

El policía era más bien bajo, achaparrado, de cabeza redonda, calvo, con escasos mechones en sus aladares.

Los ojos del *sheriff* parecieron querer despedir chispas al posarse en Edwin, que le sonreía un tanto burlonamente.

—¿Qué hace usted aquí, sabueso por cuenta propia? —espetó.

—Esperar su llegada, *sheriff*.

—¿Con qué objeto?

El señor Lheman y yo hemos descubierto el cadáver. He creído conveniente esperarle a usted. Le conozco, *sheriff*. Me tiene una inquina fenomenal. De haberme marchado, hubiese sido capaz de sacarme de la cama a la hora más intempestiva y encerrarme en uno de sus horripilantes calabozos de comisaría.

—¿Qué tenía que hacer aquí? —inquirió el *sheriff* con desconfianza.

—Nada que a usted le importe. Asunto confidencial. Este hombre y yo teníamos algo que hablar.

—Aclare de qué tenían que hablar.

—No lo haré. Los detectives, como los abogados, tenemos el sagrado deber de guardar los secretos que nos confían los clientes.

—¡Maldito sabueso! —masculló Evans—. Algún día...

—Me retorcerá el pescuezo —le atajó Edwin.

—No, Edwin. Me ensuciaría las manos.

—Hágalo, pues, con los guantes puestos. Las mujeres los emplean para hacer las labores de la casa sin estropearse las manos.

—Es usted un tipo sucio, Edwin —masculó.

—Puedo garantizarle que me ducho todos los días.

El *sheriff* propinó al aire un manotazo de impaciencia.

—Está bien —bramó—. Es inútil discutir con usted. Pero yo espero mi día. Entonces... ¿Ha tocado algo? —Acabó.

—En absoluto. Conozco mis deberes.

El *sheriff* interrogó a todos cuantos se hallaban en el teatro, pero no pudo sacar nada en limpio. En realidad, cualquiera podía haber cometido el crimen sin que nadie se apercibiese abajo de su ausencia.

Edwin se dedicó a estudiar a las figuras más destacadas, que compartían el «estrellato» con Diana. Los hermanos Eric y Vic Norton y la joven Letty Brian.

Eric era la máxima figura masculina. Vic era cuatro o cinco años mayor que él, más bajo de estatura, y su rostro parecía esculpido en granito a golpe de cincel.

Finalmente estaba Letty Brian. Una rubia platino, joven, de gesto ingenuo; algo que desmentía un tanto la vivacidad de sus ojos. Con un poco más de experiencia en los escenarios, podía eclipsar la fama de Diana Dam. Se decía que Eric y ella estaban prometidos y aquello terminaría en boda. Pero ellos no confirmaban nada, y nadie podía asegurar que la noticia fuese cierta.

El cadáver de Rufus, cubierto por una sábana, cruzó entre dos hileras de rostros que reflejaban ansiedad.

El *sheriff* marchó poco después y Lheman decidió suspender los ensayos en vista de la excitación motivada por el acontecimiento.

Edwin y él abandonaron juntos el teatro.

—No me explico quién ha podido matar a Rufus y por qué —musitó Lheman, como si hablase consigo mismo.

—El criminal trabaja dentro del teatro, Wade —apuntó el joven—. Es lo único que sabemos de él.

—Supongo que debe tener razón. Pero eso no soluciona nada.

—Usted debe saber con quién se relacionaba Rufus dentro del teatro.

—Con todos y con ninguno, Edwin. Rufus era de temperamento cordial y todos sabían disculparle su falta. Sin embargo, no alternaba, fuera de aquí, con ninguno de sus compañeros. Vivía solo y se emborrachaba en solitario.

—Es una dificultad.

—Supongo que sí —apuntó el empresario—. Pero, de todas formas, no puedo explicarme el porqué de su interés por aclarar este crimen, menos estando en ello el *sheriff* y sus hombre a Yo me limité a pedirle que...

—Ya se lo he dicho en otras ocasiones, Lheman —le cortó—. Mire esto.

Le enseñó los cinco billetes grandes encontrados en la cartera del muerto.

—Rufus los tenía en su poder. Esto demuestra su participación en el secuestro de Diana. Anoche vigilaron todos nuestros pasos y obraron en consecuencia. Rufus estuvo acechando nuestra llegada allí para embestirnos con su coche. De esa forma dio las facilidades necesarias a sus compañeros para que se apoderasen del dinero.

—Admito que debe ser así. Pero entonces han debido matarlo para ahorrarse pagarle su parte.

—No diga estupideces, Lheman. Es usted una nulidad asombrosa como detective. En ese caso, no hubiésemos encontrado este dinero en su poder.

—Es cierto —balbució el millonario—. Y esto lo hace todo más incomprensible para mí.

—Directa o indirectamente, el motivo de su muerte ha sido el secuestro de Diana —siguió diciendo Edwin Frome—. Sin embargo, aquí hay algo mucho más siniestro, algo que intuyo, aunque sin acabar de comprenderlo del todo aún. Y también tengo la corazonada de que encontrando al asesino de Rufus, hallaremos el camino mucho más despejado para recuperar el dinero del rescate.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Había proyectado hablar con Rufus. Estaba seguro de que él me ayudaría a aclarar muchas cosas. Ahora ya no puede hacerlo. Es posible que un registro de su vivienda arroje alguna luz sobre lo que me interesa conocer.

—Bien. Usted conoce su profesión. Le deseo suerte. Al fin y al cabo, su suerte es la mía en esa ocasión. Pero quiero aconsejarle algo. No se meta en honduras si ve las cosas feas. Para eso está el *sheriff*. No me gustaría que le ocurriese algo irreparable.

—Tendré en cuenta su consejo. Y le deseo que no tarde en encontrar a un hombre tan competente como Rufus. Pero procure

asegurarse, antes de contratarlo, que no piensa dedicarse a secuestrarle las *vedettes* para sacarle dinero.

Wade se alejó con un bufido.

Edwin desistió de tener un cambio de impresiones con el *sheriff*. Éste no admitiría sus sugerencias, por lo que no hablaría con él hasta que tuviese una base sólida en qué fundar sus sospechas.

CAPÍTULO III

Edwin se presentó en la vivienda de Rufus después de comer en un restaurante. Un apartamento en la tercera planta de un edificio de sombrío aspecto, en las afueras de Santa Cruz.

El detective no tuvo que emplear la llave encontrada en el cadáver de su dueño. La puerta estaba abierta.

Pasó al interior, cuya atmósfera estaba saturada de un fuerte olor a *whisky*, a humedad, a sitio cerrado y a moho.

Constaba de un *hall*, un dormitorio, la cocina y el lavabo. Los muebles estaban cubiertos por una espesa capa de mugre, y la mayor parte de las sillas ofrecían pocas garantías de seguridad. El polvo se acumulaba en todas partes, y los rincones del techo desaparecían bajo una intrincada maraña de telarañas.

En el suelo, varias botellas de *whisky*, vacías todas.

No tardó en Comprobar que alguien se le había adelantado. El apartamento del difunto Rufus había sido objeto de un minucioso registro. Las ropas del viejo armario aparecían revueltas y tiradas por el suelo, así como las del lecho, del que incluso había sido rasgado el colchón con un cuchillo.

Edwin no se desanimó, y procedió a llevar a cabo un registro de todo lo registrado.

Su perseverancia dio el fruto apetecido:

Dentro del viejo armario ropero encontró unas partículas de un polvo blanquecino. Entonces tomó alguno entre sus dedos y lo aproximó a sus cavidades nasales.

Se torció su gesto al percibir el tenue olor que despedían. El conocía bien aquello. Heroína. Su viejo compañero Charles Buffin se había aficionado a esa porquería. Le había faltado fuerza de voluntad para rechazarla. Y halló la muerte por el abuso de la

droga. Ésta había mermado sus facultades y eso le impidió eludir las balas de aquel celoso guardián, durante su último robo. Charles Buffin había sido un buen compañero para él a pesar de todo, y desde entonces Edwin sentía una especial aversión por los desalmados encargados de envenenar a la gente con aquel hábito horrible, que anula la voluntad y reduce al hombre a una repugnante esclavitud, perdidos todos los atributos humanos.

Al parecer, Rufus tenía otras debilidades aparte de la bebida.

Edwin abandonó el apartamento y se presentó en la mansión de Wade Lheman.

Éste le recibió en su despacho, montado por todo lo alto.

—¿Algo nuevo, Edwin? —inquirió.

—Sí. Acabo de registrar el aposento de Rufus.

—¿Encontró algo importante?

—Alguien se me ha adelantado, pero he encontrado lo suficiente para saber a qué atenerme en este asunto. Ahora estoy seguro de que Rufus era un delincuente habitual.

—Parece increíble.

—No se deje engañar por las apariencias y nada le parecerá increíble. Rufus se dedicaba al lucrativo negocio de vender estupefacientes.

Lheman profirió una ahogada exclamación, pero el detective no le concedió la menor atención. El tenía el hábito de ir a la meta propuesta por el camino más recto, saltando todos los obstáculos.

—Pero eso es un delito federal —susurró el empresario—. Supongo que no tratará de investigar por su cuenta, Edwin.

—Pues voy a hacerlo. Tengo la seguridad de que así mataré dos pájaros de un tiro. Es por una razón puramente sentimental. Sé en lo que se convierte un hombre aficionado a ese veneno. Esa afición fue la culpable indirecta de la muerte de un buen amigo. Quiero encontrar el dinero del rescate, y descubrir a esos desalmados que trafican con las drogas. Rufus, estoy seguro, no era sino un simple vendedor a las órdenes de otros. Y no se preocupe por ello, Wade. Los honorarios no serán más elevados de lo que se estipuló en un principio.

Wade no replicó esta vez.

—Escuche, Lheman —continuó diciendo el detective—. Usted recuerda todo lo sucedido anoche, a raíz del accidente con el coche

de Rufus.

—Desde luego.

—Otro coche llegó a los pocos minutos de haberse producido la colisión. Ese hombre se apeó y habló con usted.

—Exacto.

—Usted lo llamó Kelston; demostró conocerlo.

—Sí. Lo he visto pocas veces, por supuesto.

—Tengo la corazonada de que ese individuo tampoco es ajeno al asunto del rapto. Su inesperada presencia allí, contribuyó en mucho a distraer su atención, facilitando a un tercero el que se apoderase del dinero.

—Bueno —resopló Lheman—. No quiero discutirle nada. Menos aún después de haber comprobado lo de Rufus. Ahora estoy seguro de la complicidad de Roney Kelston. Le juro que estoy dispuesto a creer todo lo que usted me diga. Sus corazonadas parecen infalibles.

—¿Dónde puedo encontrar a ese hombre?

—Desconozco su domicilio. Quizá en el New Club puedan facilitarle esos datos. Roney es un jugador sempiterno. Lo conocí allí.

—De acuerdo. Hasta pronto, Lheman.

El detective se presentó en el New Club, donde no le fue difícil hacerse con todos los datos que deseaba saber, Kelston era allí muy conocido, como Lheman había dicho. Habitaba una pequeña casa a orillas del mar, en una pintoresca caleta, a unas cuatro millas de Santa Cruz.

Edwin se dirigió seguidamente allí, después de cerciorarse de que Roney no se hallaba en el club.

Cuando alcanzó la casa de Kelston, a la que conducía un camino mal delimitado y cubierto de baches, que nacía de la carretera, las sombras de la noche caían sobre la región.

Se trataba de una sencilla construcción, un *bungalow* cuyo porche ocupaba toda la fachada principal. Había sido erigida sobre pilotes de cemento, de forma que las aguas no penetrasen en ella en época de lluvias.

Cerca de la casa había una formación de rocas de extraños perfiles, que daban un aspecto salvaje al paisaje. Y más allá, el mar, la playa y un reducido embarcadero.

Edwin salvó de una zancada los dos escalones de porche. Luego

empuñó la manecilla de la puerta, compro bando que no estaba echada la llave.

Abrió a medias, gritando desde el vano:

—¡Kelston!

Nadie respondió a su llamada, que repitió por dos veces más. Entonces se adentró en la casa.

Permaneció inmóvil en la entrada del primer cuarto habituando sus ojos a la oscuridad.

Sintió un extraño presentimiento, que le produjo un leve escalofrío. Algo como una amenaza de peligro inminente: algo intangible, pero que parecía palparse en los sentidos, igual que la misma presencia de la muerte, algo siniestro, que enrarecía la atmósfera.

Avanzó a tientas, hasta palpar una mesa y, sobre ella, un viejo quinqué de kerosene. Kelston había prescindido de llevar hasta su casa las comodidades de la electricidad. Quizá era muy importante para él hacerlo así.

Lo encendió y examinó a su luz la habitación.

Se trataba de un comedor, en el que todos los muebles tenían el mismo deplorable aspecto que viera en el apartamento de Rufas.

No había nadie allí, por lo que decidió salir al pasillo, que corría paralelo al porche, y registrar el resto de las dependencias.

Antes de que alcanzase el vano, se atirantaron todos los músculos de su cuerpo al percibir ruidos en el exterior de la vivienda. Ruidos que provenían del otro lado de las rocas de extraños perfiles, y que identificó con facilidad. El metálico golpear de una portezuela de un coche al ser cerrada de golpe. Seguidamente, el gruñido característico de un motor al ser conectado el encendido.

Corrió hacia la salida. Y apenas había acabado de emerger por el vano de la habitación, cuando algo extremadamente duro le golpeó la muñeca, obligándole a soltar el quinqué.

El cristal se fragmentó y el inflamado líquido se esparció por las tablas de las paredes y del suelo, donde prendió con facilidad.

Edwin dio un paso atrás con sorprendente rapidez. Y eso le salvó de una muerte cierta. La hoja del cuchillo solo encontró su chaqueta, que rasgó de arriba abajo.

Aquel hombre iba por él decididamente, y no pensaba tenerle

consideración.

A la dantesca claridad de las llamas, vio el brazo elevarse para tomar impulso y asestarle una nueva y definitiva cuchillada.

Su diestra se cerró en torno a la muñeca armada cuando ya ésta iniciaba el descenso.

La retuvo en el aire, sin permitirle a la hoja alcanzar la vaina de carne a que pretendían destinarla. Luego, en rápida flexión la retorció hacia atrás, al tiempo que pasaba su brazo izquierdo sobre la garganta de su antagonista.

Continuó retorciendo el brazo y oprimiendo la tráquea del hombre, arrancándole ahogados gemidos de dolor y desesperación.

Su adversario dejó caer, al fin, el cuchillo con un gemido más fuerte. Una ligera presión más y el brazo se hubiese partido con electrizante chasquido.

Pero el hombre no estaba vencido. Algo le prestaba los arrestos necesarios para vencer el dolor y aumentar su capacidad de lucha.

Cuando Edwin aflojó un tanto su presión para aplicarle una llave y derribarlo junto al fuego, el hombre le propinó un codazo en el estómago, desplazándolo hacia atrás. A continuación le aplicó un gancho en el mentón, derribándole de espaldas al suelo. Luego corrió hacia la salida, desistiendo de acabar con el detective, ante su manifiesta inferioridad.

Edwin reaccionó con premura. Saltó hacia delante como impelido por una catapulta y abrazó las piernas de su adversario, haciéndole caer de bruces.

El joven volvió al ataque. Pero el otro, que jadeaba de excitación, proyectó de pronto su pierna, estrellando la puntera en la mandíbula del detective.

El golpe le conmocionó, aunque su diestra se deslizó hacia la culata de la pistola que portaba en su funda axilar.

Pero el desconocido volvió a rehuir la pelea. Parecía demasiado asustado para reanudarla. Quizá porque el fuego tomaba ya demasiado incremento y podía llamar la atención de los patrulleros que circulaban por la cercana carretera. De forma que cuando Edwin se incorporó, disipadas las nieblas que enturbiaban su cerebro, su antagonista subió apresuradamente al coche que esperaba tras las rocas, y que arrancó a toda velocidad.

El detective corrió afuera. Pero sólo llegó a tiempo de ver

desaparecer en la distancia las luces rojas de sus faros pilotos.

Desistió de seguirlos. Le sobraba ventaja para despistarle, puesto que no podía identificar el vehículo. Y prefería tratar de buscar alguna pista en la casa, antes que el fuego la consumiese por entero.

Cruzó junto a las llamas, que alcanzaban ya el techo, propagándose con extraordinaria rapidez. Y entró por la siguiente puerta del pasillo.

Apenas habíase adentrado unos pasos cuando notó bajo sus plantas el contacto de un líquido viscoso. Y no necesitó más para saber de lo que se trataba.

Sangre.

Aquellos individuos habían asesinado a Roney Kelston, unos momentos antes de llegar él. Para silenciarlo para siempre o quizá como castigo a una deslealtad. Ése era un punto muy interesante de aclarar. Y ahí radicaba la fuerza de la desesperación del hombre con quien había luchado; no le agradaba la idea de caer en poder de la ley después de aquello, y de haber fallado en su primer intento de acabar con el detective.

Vio el cadáver de Kelston, a la rojiza claridad que venía del pasillo. Estaba tumbado sobre una raída alfombra, junto al toco lecho. El criminal habíase ensañado con el cuchillo, y la sangre formaba charco bajo el cuerpo sin vida de Roney.

A continuación, el detective se dedicó a efectuar un minucioso registro allí donde el fuego se lo permitió, cubriendo su rostro con un pañuelo para preservarlo del humo, que se tornaba más y más denso.

Encontró cosas muy interesantes.

En el corredor, cerca de la entrada, una cápsula de heroína. Sin duda, había caído de algún bolsillo del asesino durante la refriega sostenida con él. En el dormitorio, en un cajón, unas cuantas fotografías y cartas antiguas de personas que le fueron desconocida, dirigidas a un mismo individuo, aunque su experiencia era ya demasiado grande para dudar acerca de su significado. Chantaje.

En un bolsillo del muerto encontró, junto a otras monedas sueltas, cinco billetes de mil dólares, con la señal de tinta roja hecha por Lheman a los destinados a los secuestradores.

Eso implicaba una asociación entre Rufus Plaffer y Kelston. Asociación en el rapto de Diana Dam, puesto que los billetes no

dejaban lugar a dudas, y asociación en el repugnante tráfico ilegal de heroína. Y, al parecer, el amigo Kelston, además de todo eso, practicaba el chantaje. ¡Seguro que el diablo los había recibido con todos los honores!

Pero había algo más, allí. El hombre que había registrado el apartamento de Rufus Plaffer lo había hecho con el exclusivo objeto de retirar las drogas que él debía guardar. Lo mismo respecto a Roney Kelston. Dos hechos que enlazaban y revelaban que el móvil de ambas muertes era el secuestro de Diana Dam. Pero lo era de una forma que no acababa de discernir con claridad.

En las dos ocasiones se le habían adelantado, aunque ahora faltó bien poco para que llegase a sorprenderles. Sin duda habían sacado la heroína que Roney guardaba, cargándola en el coche que se hallaba detrás de las rocas. Uno de los hombres aguardó al volante del coche, esperando su muerte a manos de su compañero para emprender la marcha. Y habían sincronizado bien sus movimientos. Todos, menos uno. Un leve retraso suyo, y el cuchillo hubiese terminado con él al primer golpe.

Bien. Consideró que había encontrado una buena pista. Porque aquello implicaba que Roney y Rufus no trabajaban aisladamente, sino que pertenecían a una organización. También, que habían estado esperando su llegada, como si la conociesen de antemano. Lo delataba así el hecho de que hubiesen mantenido oculto el coche.

Y todo eso implicaba, por último, que por un puro sentimentalismo hacia un amigo que le había iniciado en el camino de la delincuencia, él estaba metiéndose en un lío de los gordos.

CAPÍTULO IV

Edwin Frome se levantó con las primeras luces del alba.

El periódico relataba sucintamente el asesinato de Rufus Plaffer en el Grand Theatre y el incendio del *bungalow* de Roney Kelston. Esto último, sin otro comentario que el de atribuir las causas del incendio a un accidente fortuito. Porque el cadáver del dueño, totalmente carbonizado, no podía revelar la clase de muerte que había terminado sus días en la tierra.

Edwin decidió continuar callando al *sheriff* lo que sabía. Si podía presentarle la solución concreta de los hechos, la terrible locuacidad de Evans no se desataría de una forma tan furiosa.

Frome se dispuso para salir a la calle. Su propósito para comenzar el día era presentarse en la oficina de la Agencia. Si había surgido algún nuevo cliente, pediría el envío de otro detective de la central de San Francisco. El no iba a descuidar aquel caso ni un instante. La secretaria se encargaría de comunicarlo a los jefes. Éstos tenían la rara facultad de encontrarlo todo liso y llano cuando hablaban con una mujer, aunque fuese sólo por teléfono. Y así marchaba el negocio. Porque lo mismo Benson que Clarck preferían cobrar en «especies» cuando se trataba de un cliente femenino, en lugar de hacerlo en dinero.

Después, tenía el propósito de llegarse hasta la vivienda de Kelston, que debía haberse convertido en un informe montón de restos calcinados. Pero Edwin tenía la rara habilidad de leer las huellas en el suelo, aprendida de Charles Buffin, y confiaba en hallar alguna peculiaridad en los neumáticos del coche de los asesinos. La tierra era generalmente blanda en esa zona, y podía ser una buena pista, porque no eran demasiado numerosos los garajes en Santa Cruz.

Sonó el monótono zumbido del timbre de la puerta, cuando ya se disponía a salir.

Acudió a abrir, tomando la precaución de empuñar la pistola en un bolsillo.

Se trataba de Letty Brian, la joven *vedette* capaz de eclipsar la fama de Diana Dam, cuando adquiriese un poco más de experiencia en los escenarios.

La miró con fijeza.

Era evidente el nerviosismo de la joven. Sus ojos miraban con ansiedad en torno suyo, y su rostro expresaba una extraña turbación, no exenta de un pánico incipiente.

—Hola, detective —pronunció con voz ronca.

—Hola, señorita Letty. ¿Me busca a mí?

—Sí. Necesito hablar con usted.

—Pase.

La condujo al vestíbulo, invitándola a tomar asiento. Pero ella lo rehusó con nervioso ademán, acercándose al amplio ventanal que miraba a la calle.

—Bien... —dijo él—. Estoy esperando sus palabras. ¿Acerca de qué quiere hablar conmigo?

—Acerca del asesinato de Rufus Plaffer.

Edwin la observó con redoblada atención.

—¿Qué sabe usted de eso? —inquirió.

—Lo sé todo. Mi declaración pondría en manos de la ley al criminal. Y también terminará, de una vez para siempre, con las ratas que infestan la ciudad de Santa Cruz y la costa de California.

—¿Cómo se le ha ocurrido dirigirse a mí?

Ella se apoyó de espaldas en el ventanal, mirándole con expresión de recóndito temor.

—Necesito su ayuda, Edwin —dijo al fin—. Me siento perseguida, acosada. No voy a decirle que haya visto a nadie siguiéndome los pasos, pero sé que lo hacen. Es una sensación obsesionante, como un presagio. Estoy segura que, de haber acudido directamente a la comisaría, jamás habría podido llegar a ella. Y tampoco me he atrevido a llamar por teléfono desde cualquier cabina. Estoy segura de que nunca habría podido terminar mi conversación. Eso me ha hecho pensar en usted. Lo he recordado, de pronto. Estuvo en el teatro el día del crimen, y lo vio

todo. Pero tampoco me he atrevido a presentarme a su agencia. El resultado habría sido el mismo para mí. Por eso le he buscado en su apartamento. Aquí me siento segura, y mis perseguidores no han debido sospechar mis intenciones. Quiero hablar con el *sheriff* aquí, en su presencia.

Edwin asintió con un gesto. Y se dispuso a tomar el teléfono para marcar el número de la oficina de Evans, en comisaría.

Se paralizó al percibir de súbito el sonido de cristales al fragmentarse, por la violencia de un impacto.

Desvió su atención hacia la joven, que acababa de exhalar un ahogado gemido, al tiempo que su cuerpo juvenil se sacudía en un espasmo.

Estaba rígida ahora, desorbitados sus hermosos ojos, como si de pronto hubiese quedado convertida en estatua de piedra. Luego, sus facciones dibujaron una mueca de intenso dolor. Sus ojos, vidriados ya por la muerte, se posaron con un gesto de intenso estupor en el detective, un gesto de profundo asombro.

Edwin se apresuró a sostenerla entre sus brazos para impedirle desplomarse al suelo. Al hacerlo, palpó la sangre que manaba por su herida de la espalda, y la vio brotar en continuado hilillo por las comisuras de sus labios.

El detective la levantó entre sus brazos, apartándola rápidamente de la ventana. Y apenas había acabado de completar su movimiento cuando un segundo proyectil fragmentó otro cristal, atravesando el espacio ocupado por su cuerpo una fracción de segundo antes, y yendo a incrustarse en la pared frontal.

Edwin atisbo con su mirada de águila el punto aproximado de donde debían provenir los disparos. Pero no acertó a ver nada. Debían haber hecho fuego desde una ventana de cualquiera de las casas fronterizas. Y sumaban docenas las que permanecían abiertas en ese instante. Un rifle provisto de silenciador y punto de mira telescópico, resultaba un arma terriblemente mortífera, a esa distancia. Y era la manera más segura de cometer un crimen, que pasase inadvertido.

Rechinó los dientes con rabia. Habían aprovechado la ocasión para sellar los labios de Letty Brian, pero el «observatorio» había sido montado para acecharlo a él y liquidarlo.

Edwin se dio cuenta de que era un cadáver lo que retenía entre

sus brazos, de forma que no se molestó en llamar a un médico, sino al *sheriff* directamente.

Éste no tardó en presentarse, acompañado de un par de agentes, el forense y la ambulancia. Y, contra lo que Edwin esperaba, no montó en cólera hacia él. Quizá le contenía el cadáver de aquella joven, llena de vida y esperanzas unos minutos antes. Y también de temor.

Edwin le explicó lo sucedido, sin reservarse para sí ninguna de las palabras de Letty.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Evans, con voz tranquila.

—No lo sé. Quizá consiga algún buen resultado investigando en esas casas la identidad de un huésped que alquiló un apartamento no antes de anoche.

—¿Por qué no antes de anoche?

—Porque antes de anoche no me consideraban un peligro. Ahora, sí. Ese hombre me buscaba realmente a mí, *sheriff*. Hay alguien que estima que estoy metiéndome en camisa de once varas.

—Yo soy uno de éstos.

—Es por distinta cuestión. Alguien cree que puedo llegar lejos en mi investigación, y prefiere verme unos palmos bajo tierra.

—También yo soy de éstos —insistió Evans.

—Vamos, Evans. Es usted un *sheriff* con instintos de asesino.

Ambos permanecieron en silencio, mirando la forma del cuerpo juvenil de la *vedette*, que se adivinaba bajo la *sábana* con que habíalo cubierto el forense.

—Usted sabe algo, Edwin —musitó el *sheriff*—. Algo que lo relaciona de una manera íntima con el asesinato de Rufus Plaffer y el de esta joven. Me gustaría que se sincerase de una vez conmigo.

—Lo haré, *sheriff*. Pero un poco más adelante. Estoy jugando mi partida, una partida de ajedrez. En realidad, me he metido en ella de una manera casi absurda. Ahora, muevo mis piezas un poco a la defensiva. La iniciativa del juego está, de momento, en manos de mi adversario. Pese a todo, espero ganar al final. Cuando le haya dado jaque al rey, le avisaré. Pondré en sus manos, Evans, el jaque-mate final.

El policía le miró de soslayo.

Comprendió que el detective le estaba diciendo la verdad. Jugaba limpio en esa ocasión. Y aunque jamás lo reconocería, él

estaba plenamente convencido de la terrible eficiencia de Edwin Frome como investigador. Con que optó por abrir un poco la mano.

—De acuerdo —dijo—. Investigaré lo del apartamento al otro lado de la calle. Si descubro algo, se lo diré. Eso puede ayudarle, ¿no?

—Mucho.

—Bien. Quiero confesarle que detesto a los investigadores privados. En cierto modo, son como los propios delincuentes. Y, particularmente, a uno de ellos llamado Edwin Frome. Tiene unos antecedentes más propios de un delincuente que de un servidor de la ley. Pero quiero concederle esta oportunidad. Es posible que sea una equivocación por mi parte, pero...

Edwin estrechó la diestra del *sheriff*. Y por primera vez en su vida, estuvo dispuesto a jurar que Evans era un ser humano.

El detective encargó al *sheriff* que avisase al Gran Theatre la muerte de la artista. Wade y los demás debían tener cuanto antes conocimiento de la noticia.

Mientras, él acompañaría el cadáver hasta el Depósito. Esperaría allí la llegada de los compañeros de la muerta. Tenía la esperanza de encontrar algo interesante en sus reacciones.

El Depósito era una construcción de ladrillos, de lisas paredes, que se erigía junto a la fachada posterior del County Hospital. Un lugar sombrío, escasamente alumbrado por una pequeña bombilla que pendía del techo, cuyas paredes interiores rezumaban humedad. Uno de esos sitios donde no se cuida demasiado la limpieza porque se tiene la seguridad de que los inquilinos no van a formular la menor queja al respecto.

El detective permaneció inmóvil junto al cuerpo de Letty, abstraído en sus pensamientos.

La joven había querido hablarle de las ratas que infestaban la costa de California, Ratas de dos patas, que se dedicaban a propagar y explotar el horrible vicio de las drogas.

Quizá Letty Brian había sido víctima de esa afición. El había conocido casos parecidos. La lucha es dura para llegar a la cumbre, y la serenidad, escasa. La vanidad crece a un ritmo vertiginoso entre los que se saben admirados, y muy pocos tienen la fuerza de voluntad suficiente y el aplomo para comprender que esa gloria es efímera.

Es difícil darse cuenta que la verdadera felicidad es potestativa del hombre sencillo y humilde, del hombre ignorado, a quien siempre queda algo en qué soñar. Quien ha llegado al límite de las concesiones, y ya nada le queda por desear, el hastío lo inicia en una pronunciada cuesta abajo, difícil de contener.

Wade Lheman, Diana Dam y los hermanos Norton entraron en el sombrío depósito, media hora después.

Edwin captó el gemido de Diana al comprobar con sus propios ojos todo el alcance de la tragedia. También la consternación de Lheman, ante el trastorno económico que aquello podía producirle. Y el profundo estupor de los hermanos Norton.

Sólo Vic Norton levantó una punta de la sábana, descubriendo el rostro de Letty. Luego acarició con las puntas de sus dedos las yertas mejillas, volvió a cubrirla, y abandonó seguidamente el Depósito.

—Esto va a costarme un montón de dólares —musitó Lheman, tomando a Diana por un brazo para conducirla afuera.

El detective sintió deseos de propinarle un puñetazo.

Una mujer joven, de brillante porvenir, acababa de ser cruelmente asesinada. Su cuerpo juvenil estaba allí, ensangrentado y caliente aún. Y en lo único que se le ocurría pensar al viejo avaro era en el dinero que podía perder a causa de su muerte. Judas debió pensar como él, cuando decidió vender a Cristo.

Sólo Eric Norton quedó allí, mirando hipnóticamente el cadáver cubierto por la sábana.

—Duele, ¿no, Eric? —susurró el detective.

El actor le miró de soslayo, sin responder.

—He oído decir que Letty y usted estaban prometidos —prosiguió Edwin, impertérrito.

Eric tardó un tanto en contestar:

—Hubo algo, pero eso ya había terminado. Nos sentimos atraídos el uno por el otro, más sin pasar de ahí. Ella comprendió que no me amaba.

—Pero usted sí la amaba, ¿verdad, Eric?

—Sí. Es la única mujer que he amado en mi vida. Sin embargo, acepté su negativa con serenidad. Ella se dio cuenta de que estaba enamorada de otro hombre. Yo no podía luchar contra eso.

—¿Quién es ese hombre?

—Mi hermano Vic.

El detective no insistió. No consideraba a Eric capaz: de cometer un crimen pasional. No. La muerte de Letty Brian obedecía al mismo móvil que había provocado las de Rufus y Kelston. Las ratas de la costa de California continuaban enseñando sus dientes.

El detective buscó a Vic Norton, y lo encontró en su camerino del teatro.

La muerte de Letty imponía un nuevo aplazamiento en los ensayos, y el actor permanecía sentado en la banqueta, de espaldas al espejo, perdida su mirada en un punto indefinido del suelo.

Edwin no se anduvo con ambages:

—He hablado con su hermano Eric. El me ha explicado lo referente a sus pasadas relaciones con Letty, y el nuevo compromiso de ésta con usted. Su hermano me ha confesado que amaba a Letty aún, pero lo considero incapaz de cometer un crimen semejante.

—Sí —respondió Vic Borton con voz segura, sin variar su actitud—. Entiendo lo que quiere decir. Es cierto que Eric la amaba, pero también lo es que tiene un gran espíritu de comprensión. Siempre ha sido un buen hermano y un gran camarada. Estaba aquí, con nosotros, cuando Letty... Bueno. Tampoco creería eso de él, aunque todo le acusase.

—Ya. Letty me buscó. Estaba asustada. Dijo que sabía lo suficiente para poner en manos de la ley al asesino de Rufus Plaffer.

Víctor lo miró, de pronto, con redoblado interés, venciendo su pasividad.

—Es cierto —dijo.

—¿Ella le habló de eso?

—Algo —respondió evasivamente—. Ayer, cuando llegó al teatro, se dio cuenta de que tenía estropeado un pendiente. Entonces, subió en busca de Rufus. El hombre era habilidoso para esos trabajos. Debí oír discutir a Rufus con violencia, y no quiso entrar. No me lo explicó con claridad, pero parece que percibió la discusión y el golpe que acabó con Rufus.

—¿Se lo confesó abiertamente?

—En absoluto. Se alejó de allí con apresuramiento. Lina reacción muy lógica en una mujer. Se sintió demasiado asustada para continuar allí. Debí creer que aquel golpe no resultaría mortal. No habló con nadie de lo ocurrido, y eso le dio tiempo para

recapacitar. Luego, al saber que Rufus había muerto, decidió sacar provecho de la situación. Pero esto es una hipótesis mía. Ella sólo me insinuó que sabía algo y que, si sus peticiones no eran atendidas, se pondría en contacto con el *sheriff* para aplastar a las ratas que infestan Santa Cruz.

—¿No le dijo nada más?

—Nada.

Edwin comprendió que el actor no le estaba diciendo toda la verdad. Aquel hombre sabía algo, que prefería reservare para sí, por razones que él ignoraba de momento.

—¿Sabe si Letty era aficionada a los estupefacientes? —inquirió Edwin.

—Sí. Letty se había habituado a la heroína. Alguien se dedica a propagar ese vicio entre los habitantes de la ciudad. Pero, últimamente, con mi influencia sobre ella, Letty empezaba a soslayar ese terrible hábito. Sin embargo, creo que había algo más: algo que ella no me reveló jamás, y yo intuía a través de sus palabras: chantaje.

Frome asintió con leve gesto.

El actor no estaba mintiendo en eso. El había encontrado en el *bungalow* de Kelston una muestra de la veracidad de sus palabras. Una pequeña muestra. Pero la organización debía contar con un archivo completo de aquellas porquerías. Letty había jugado con fuego, acabando, por quemarse. Su actitud había provocado la rabia de las ratas.

—Rufus y Kelston formaban en la manada de retas asquerosas —musitó. Pero se salieron de madre, y los han liquidado para evitar que yo pueda descubrir otras cosas, ahondar en este asunto, por su mediación. ¿Nadie le incitó a iniciarse a usted en la droga?

—Detesto la vanidad, detective, pero debo decirle que; jamás he perdido el aplomo. He aprendido a conservar la serenidad en todo instante, y no necesito de estimulantes. Todos lo saben, y quizá por eso se han abstenido de ofrecerme esa porquería.

Edwin se dio cuenta de que el actor continuaba diciéndole la verdad. Vic Norton era un hombre duro, fiel a sí mismo y a sus principios. Aunque también cabía la posibilidad de que fuese uno de los propagadores de aquel vicio. Porque no todo era sincero en él; ocultaba algo.

El detective se dirigió rectamente a la comisaría, portando las fotografías y los papeles encontrados en el *bungalow* de Kelston, que dejó sobre la mesa del *sheriff*.

—¿Qué es esto Edwin? ¿Recuerdos de su niñez?

—Nada de eso —replicó—. Usted conoce bien a la gente de Santa Cruz. A una gran parte de sus habitantes. Vea esas fotografías. Se trata de un individuo llamado Daniel Bowery. Investigue si ese hombre vive en Santa Cruz. Esperaré su aviso en la Agencia. Tenga en cuenta que una buena parte de la solución de este enigma depende ahora de usted.

El *sheriff* repasó alguna de las viejas cartas.

—Oiga, Edwin —exclamó—. Esto parece material para un chantaje.

—Lo es —reconoció—. Pero no me confunda. Alguien se dedica a ése y otros lucrativos negocios más en la costa de California. Creo que muy pronto podré ponerle el comente de todo. Ahora sería prematuro hacerlo, y quizá supusiera un retroceso en las investigaciones. ¿Qué pasó con el inquilino de la casa de enfrente?

—Usted tenía razón, Edwin. Hemos encontrado el apartamento, pero no al hombre. Lo alquiló por teléfono, las descripciones son muy vagas para poder identificarlo a través de ellas, y ha levantado el vuelo.

—No importa demasiado —afirmó el detective—. Ese hombre es sólo un peón más en el juego. Lo importante es dejar al rey al descubierto para darle jaque.

Edwin permaneció el resto de la tarde en la oficina, pendiente de la llamada del *sheriff*. Y la respuesta se la llevó el propio Evans en persona, cuando ya la noche había cerrado, y la linda secretaria, abandonado la Agencia.

—¿Encontró a nuestro hombre? —le preguntó, al verlo entrar con aire de suficiencia.

—Por supuesto. Tiene una tienda de artículos alimenticios en la Emigrant Avenue. El matrimonio Bowery es dueño del edificio, y habita la planta superior del mismo.

—Venga conmigo, *sheriff*. Lo necesito. Hay que interrogar a Bowery. Usted puede hacerlo. Yo sólo conseguiría arrancarle las cosas a viva fuerza.

—No creo que eso le importe demasiado, ¿eh, Edwin?

—No, por supuesto —respondió con flema el detective—. Pero prefiero hacerlo, en esta ocasión, de una forma legal.

La tienda estaba cerrada, y apagadas las luces. Dos gruesas cortinas cubrían la parte posterior de los escaparates, ocultando el interior desde la calle. Sin embargo, la verja de seguridad no había sido echada.

Subieron a la vivienda por la escalera construida junto a la pared lateral. Un amplio pasillo, a modo de callejón, la separaba del siguiente edificio, también de dos plantas. El callejón conducía a los pequeños jardines preparados detrás de arabas casas.

Nadie respondió a sus repetidas llamadas.

—Parece que han salido —comentó el *sheriff*.

Pero Edwin opinaba de distinta manera. Otra vez le asaltó allí, como en la vivienda de Kelston, la escalofriante sensación de que la muerte había hecho acto de presencia, de que algo siniestro envolvía la sencilla construcción, enrareciendo la atmósfera.

—Creo que hemos llegado tarde —musitó el detective—. Otra vez se me han adelantado esas malditas ratas.

—¿Qué quiere insinuar?

—Escuche, *sheriff*. Es necesario que entremos ahora en esta casa. Ya sé que carece de un mandamiento judicial y todas esas zarandajas legales, pero tengo la impresión de que los criminales han pasado ya por aquí. Usted puede declarar que encontramos la puerta abierta.

El *sheriff* lo miró con creciente estupor. Pero el tono de intriga del detective pudo en él más que todos los restantes conceptos. De modo que asintió de una manera maquinal.

Éste sacó un juego de llaves maestras, y abrió al segundo intento.

Se adentraron en la casa, sencilla, aunque muy confortable, y Evans empezó a envolverlo en miradas furibundas, al comprobar que todo estaba allí en perfecto orden. Sin embargo, se dispuso a seguir a Edwin, cuando éste le señaló, impertérrito, la escalera interior, que comunicaba con la tienda.

Ambos se detuvieron en el último peldaño, separando las cortinas que ocultaban la escalera, paseando sus miradas por todos los ámbitos de la tienda, que parecía haber sido el epicentro de un ciclón devastador.

Los cristales del mostrador estaban rotos, las estanterías, movidas en parte de su sitio y todos los artículos que habían contenido, tirados por el suelo, donde se amontonaban las cajas y paquetes.

En medio de todo esto, dos cuerpos tendidos sobre charcos de su propia sangre. El de un hombre y una mujer, ambos de edad madura.

Edwin fue el primero en reaccionar, examinando los cadáveres.

—¡Demonios! —bramó el *sheriff*—. Los han asesinado. ¿Qué negra arteria se ha roto sobre Santa Cruz? Bowery era un buen hombre. No importan esos pecadillos de juventud que usted llevó a mi despacho.

—Pero existe un motivo —afirmó el joven.

—¿Cuál?

—Bowery vendía cápsulas de heroína.

Evans le miró con redoblado estupor.

—¿Está seguro de eso, detective?

—Completamente seguro. ¿Por qué le causa extrañeza?

—Por la razón que antes he apuntado. Bowery era un buen hombre. He conocido a algunos traficantes de drogas.

—Comprendo —respondió Edwin—. Pero no estamos ahora frente a una organización cualquiera. Esta vez nos hallamos ante alguien que elude la corrupción, siempre peligrosa, y sabe emplear la cabeza. Bowery no expendía heroína por su voluntad. Le obligaban a hacerlo. Chantaje, ¿comprende? Usted conserva en su poder las pruebas que atestiguan lo que estoy diciendo.

—Pues no acabo de entenderlo; ésa es la verdad.

—Lo entenderá enseguida.

A continuación, Edwin relató al *sheriff* todo cuanto sabía del asunto, silenciando únicamente el secuestro de Diana Dam; de forma que se «inventó» el motivo por el que necesitaba hablar con Rufus Plaffer en el teatro.

—Los hombres que se llevaron la heroína que Kelston guardaba, no tuvieron tiempo de retirar también esas fotos —agregó, al terminar la narración de los hechos—. Sin duda, Bowery se mostraba remiso en cumplir sus órdenes, y Kelston le obligaba con la visión de esos detalles gráfico; y escritos, que ponían en peligro su seguridad conyugal y su estabilidad de tendero, al verse envuelto

en un escándalo. Ahora, esos hombres han comprendido que descubriríamos la verdad, a la vista de esos objetos del chantaje y han temido que Bowery se fuera de la lengua, al vera libre de trabas, estropeándoles el negocio. Por eso lo ha silenciado.

«Debe haber en la ciudad y en otras partes de la costa varios hombres como Bowery, supeditados a vender heroína bajo la amenaza del chantaje. Y el ejemplo de lo ocurrido a Bowery es demasiado contundente para no ser tenido en cuenta. El miedo amordazará los labios tanto como el temor al propio chantaje en sí. Las ratas de la costa buscan su impunidad. Pero no podrán salirse con la suya, no pienso descansar hasta que toda esa plaga haya sido eliminada».

—Le creo —pronunció el *sheriff* con sorna—. En verdad que usted es un auténtico «matarratas», Edwin.

CAPÍTULO V

Frome volvió junto a los restos calcinados del *bungalow* de Roney Kelston. El cadáver había sido retirado de las cenizas para ser enterrado en el cementerio de Santa Cruz.

Edwin examinó con suprema atención el suelo, al otro lado de las grandes rocas. Descubrió las huellas dejadas por las cubiertas del vehículo. La tierra era blanda, y las marcas eran perfectamente visibles aún. Pero no le sirvió de nada. Eran millares los coches que usaban aquel modelo de ¹ cubiertas, en las que no pudo encontrar ningún detalle especial que las distinguiese de las demás.

Emprendió el camino de regreso a Santa Cruz, al cerciorarse de ello. Sin descorazonarse. Edwin poseía la rara virtud de la perseverancia, que había aprendido junto a Charles Buffin. El hombre le había enseñado a controlar los nervios y esperar siempre, sin perder la serenidad en ningún momento, la oportunidad deseada.

Se cruzó con un coche cuando ya eran visibles, a lo lejos, algunos de los edificios que componían Santa Cruz. Y sintió una súbita curiosidad al reconocer en el hombre que lo conducía a Eric Norton. Un Eric Norton que parecía muy diferente al que él había conocido. Serio, hosco, como si librara una dura batalla en su interior, entre dos opuestos sentimientos.

La curiosidad desembocó en sospecha.

Era indudable que Eric Norton no había matado por su propia mano a Letty Brian. Pero no podía descartarse: la posibilidad de que alguien lo hubiese hecho por él. Eric, debía estar celoso, pese a sus palabras de protesta. Y si formaba parte de la manada de ratas...

No lo pensó dos veces. Edwin era hombre de rápidas decisiones. Confiaba en sus corazonadas, y dejaba una, gran parte de su hacer a

su capacidad para la acción. De forma que redujo la velocidad, giró el volante y se lanzó en seguimiento de Eric, a prudencial distancia para que el actor continuase sin apercibirse de su maniobra.

Norton abandonó la carretera unas diez millas más allá, internándose por un camino de tierra, que recorría un terreno árido, semi montañoso, donde las ballestas gemían su protesta de un modo quejumbroso a cada nueva sacudida.

Al coronar un altozano, divisó o lo lejos una pequeña casa. Una sencilla construcción, muy parecida a la de Kelston, cerca de una playa de reducidas dimensiones. En un extremo de la misma, donde el terreno terminaba bruscamente, cortado a pico, y las aguas tenían cierta profundidad, había un pequeño embarcadero de madura, al que permanecía amarrada una laucha motora.

Edwin tuvo la intuición de que sus sospechas eran acertadas, al menos en parte, al cerciorarse de que Eric Norton; dirigía rectamente al *bungalow*, abandonando el camino para descender la empinada cuesta que conducía a él.

Edwin continuó adelante, sin decrecer la velocidad; Quería atisbar primero, y hacerse una composición del lugar antes de meterse de lleno en otro lío.

Detuvo el coche en un cruce del camino, donde las rocas y los macizos de arbustos lo hacían invisible desde abajo. Entonces se apeó, y fue a situarse junto a unas rocas, que le permitían atisbar sin ser descubierto.

La noche caía ya lentamente sobre el paraje, y las sombras empezaban a diluir las siluetas.

Vio a Eric bajar del coche, que había frenado junto al porche. Después golpeó en la puerta y, unos minutos más tarde, se abrió ésta, desapareciendo en su interior.

Edwin permaneció por un lapso de media hora en su observatorio. Hasta que oyó un coche alejarse en dirección a Santa Cruz y las tinieblas le impidieron distinguir con precisión las siluetas de los dos hombres que lo tripulaban, aunque podía afirmar que no se trataba de Eric Norton. Entonces, no esperó más. Prefería ir directamente al grano. También le gustaba dejar una parte de su acción en manos de la suerte. Y ahora había llegado la ocasión.

Subió al coche, conectó el encendido y retrocedió en busca del paso que Eric había empleado para descender al llano.

Al aproximarse el *bungalow*, vio escapar rayos de luz por los intersticios de una ventana. Cuando bajó de su coche, que dejó junto al de Eric, la luz continuaba brillando, pero no se percibía allí más ruido que el producido por el oleaje del mar.

Golpeó en la puerta y, apenas había acabado de hacerlo, cuando la hoja fue abierta con brusquedad desde adentro.

Edwin miró con aplomo al hombre que tenía frente a sí, que le encañonaba con un rifle que retenía a la altura de su cadera.

—¿Qué busca aquí, amigo? —espetó el otro—. Esta playa es propiedad privada. No tenemos...

Cortó en seco su frase para mirarlo con más detenimiento.

—Me parece que su cara no me es desconocida —dijo al fin.

—Es posible —sonrió el detective—. Yo también lo he visto a usted en otra parte. Ahora lo recuerdo.

—¿Dónde?

—En el Zoológico.

—No he visitado nunca un zoológico.

—No he dicho que haya estado en él en plan de visita. Quizá me esté confundiendo, pero juraría que usted estaba allí en una jaula, y que la gente le daba cacahuetes.

Se crisparon las manos del otro sobre el rifle.

—Gracioso, ¿eh? Usted es ese detective privado de Santa Cruz.

—Exacto —replicó el joven con flema—. Y ahora que ya estamos presentados, ¿no podría echar mano de sus primitivos elementos de educación? Supongo que su mamá le enseñaría a chupar del biberón antes que de un rifle. La hospitalidad es casi una ley. Deje de apuntarme con ese chisme.

Se endureció la mirada del hombre. Y oprimió con más fuerza aún el arma que retenía entre sus manos.

—Le conozco, amigo. No intente ninguna jugarreta. Será su última pantomima en este mundo.

—No diga estupideces —respondió Edwin. Aunque supongo que un hombre como usted es incapaz de decir otra cosa. Busco a Eric Norton. Lo he visto entrar aquí y no ha salido aún. Tengo que hablar con él.

—Lo podrá hacer enseguida —cloqueó con extraña risita. Levante las zarpas, hermano.

Edwin se dio perfecta cuenta de que aquel hombre estalla

dispuesto a llevar adelante su amenaza, si él se resistía a obedecer. Conque optó por alzar las manos a la altura de su cabeza y esperar el desarrollo de los acontecimientos, acechando su oportunidad. Comprendía que había ido a meterse de lleno en una trampa, pero eso era algo que tampoco le preocupaba demasiado.

—Pase adentro —le conminó.

—¿A qué viene esa actitud de coreano del Norte? —pronunció con la misma calma que al principio—. ¿Acaso me teme? ¿O teme que descubra que no han retirado aún la heroína que se llevaron de la casa de Kelston, después de darle muerte?

Por la expresión del otro, comprendió que había hecho un impacto directo. Pero aquella comprobación iba a costarle seguramente una complicación mayor.

—Es listo, ¿eh, detective? —barbotó el hombre, riendo de un modo sarcástico—. Pero eso no va a servirle ya de nada. Vamos; pase de una vez.

Edwin atravesó el vano con parsimonia. Y cuando el hombre alargaba la pierna para cerrar la puerta de una patada, sus manos se dispararon como impelidas por sendas ballestas, empuñando y desviando el cañón del rifle, de forma que éste quedase junto a su costado.

El hombre oprimió el gatillo, pero el proyectil se hundió, inofensivo, en la pared de madera, con un ruido característico.

El joven tiró hacia sí del arma, obligando al otro a elevarla un tanto y estirar los brazos para impedir que se la arrebatase. Seguidamente, la proyectó hacia atrás con todas sus fuerzas.

La culata golpeó el pecho del hombre, que se desplomó de espaldas, lanzando quejidos de dolor.

Edwin captó un leve roce a sus espaldas, como un ludir.

Intentó entonces volverse, empuñando aún el rifle por el cañón. Pero algo extremadamente duro se abatió, de súbito, sobre su cabeza, impidiéndole completar el movimiento.

Por un momento, tuvo la sensación de que su cerebro acababa de estallar. Una especie de vivido resplandor cruzó ante sus ojos como un relámpago. Seguidamente, se hicieron las tinieblas y se desplomó, perdido el uso de los sentidos.

Al despertar, se encontró tendido en el suelo de madera del *bungalow*. Estaba cerca de una pared, y podía distinguir la espectral

claridad de la luna a través de los cristales de una ventana, sobre su cabeza. Y la misma claridad diluía, en parte, las tinieblas del cuarto, desprovisto de muebles.

Se hallaba atado de pies y manos. Ambas ligaduras habían sido unidas con otra cuerda, de forma que apenas podía ejercer el menor movimiento.

Vio un bulto cerca de él. El bulto de otro cuerpo humano, maniatado como él.

Lo sintió moverse y le preguntó entonces:

—¿Quién es usted?

—Hola, detective. Soy Eric Norton.

Reconoció la voz del actor antes de que hubiese pronunciado su nombre.

—De forma que a usted también lo han cazado, ¿eh? —No creo que haga falta ser un detective para darse cuenta de ese detalle.

El tono de Eric quería ser optimista, despreocupado, pero resultaba forzado. El actor no las tenía todas consigo; un miedo incipiente empezaba a adueñarse de su voluntad. El papel de héroe no le iba, en la realidad, como en las tablas de un escenario.

—¿Qué vino a hacer aquí? —inquirió Edwin.

—Yo he querido vengar la muerte de Letty —respondió Eric, en tono sombrío.

—¿Vengar a Letty? No veo el motivo. Usted mismo confesó que ella había preferido a su hermano Vic. Y él me confirmó esas palabras.

—No tenía por qué mentirle en eso. Iban a casarse dentro de unas semanas. Ha sido un rudo golpe para él.

—Lo entiendo así —apuntó el detective—. Y eso hace menos comprensible aún para mí su deseo de venganza.

Eric Norton dejó escapar una leve risita, impregnada de amargura.

—Voy a serle sincero, Edwin —dijo al fin—. Yo encontré muy acertada la decisión de Letty. Vic es mucho más fuerte que yo. Letty, a mi lado, hubiese hedió siempre su voluntad, hasta el hastío. Pero al lado de Vic habría tenido que cumplir la voluntad del hombre, adaptarse a su carácter y ocupar el lugar que le corresponde como mujer. Eso es, al fin y al cabo, lo que las mujeres buscan, desde el principio de los siglos: un braco fuerte que las

proteja. Vic podía ofrecerle eso.

—No creo que sea una razón muy convincente —comentó Edwin.

El actor dejó transcurrir una breve pausa, antes de añadir:

—Letty iba a ser una hermana para mí. Aunque le cueste creerlo, yo la hubiese querido siempre como a tal.

—Para eso es necesario que ocurra un motivo especial.

—Existe ase motivo —afirmó Eric—. Tuvimos una hermana. Cuando Vic y yo éramos niños aún. Ella fue la alegría de todos. Murió muy joven, en un desgraciado accidente, y siempre hemos sentido ese vacío. Letty habría llenado ese hueco, en mis sentimientos. A pesar de lo que digan, es más fácil renunciar a una mujer infiltrada de pronto en nuestra vida, una mujer que despierta nuestra pasión, que a un familiar al que se pierde ruando se le quiere de verdad.

—Posiblemente tenga razón en eso, Eric.

—La tengo.

—¿Y bien?

—Ya se lo he dicho. He querido vengar su muerte, contribuir al castigo del criminal.

—Y ha venido aquí para conseguirlo. ¿Qué sabe de todo este sucio asunto?

—Letty era adicta a las drogas.

—Eso lo sé, Eric.

—Yo también lo soy. Vic, en cambio, detesta esa clase de estimulantes. No los necesita, porque sabe vencer sus debilidades a fuerza de voluntad.

—Sí, Vic es fuerte. He podido comprobarlo. Continúe, Eric.

—Rufus vendía ese veneno en el teatro. Vic me ha contado algo acerca de Letty. Algo que ella había descubierto respecto a la muerte de Rufus, y que parecía complicar al asesino con el negocio de las drogas. Rufus tenía buena mano para incitar al vicio. El nos inculcó a los dos esa afición, antes del compromiso de ella con mi hermano. Creo que fue una de las causas que la indujeron a inclinarse hacia él. Los seres humanos somos débiles, por naturaleza, aunque nos guste alardear de lo contrario.

—Benny, el hombre que figura como dueño de este *bungalow*, también nos proporcionaba en algunas ocasiones heroína, lo mismo

que Roney Kelston, por mediación de Rufus. Después de saber que todo esto forma parte de un plan, incluida la muerte de Letty, he venido aquí dispuesto a arrancarles la verdad. Estaba seguro de poder forzar a Benny, hasta arrancarle la identidad del hombre que asesinó a Letty.

—Ya. Quiso solucionarlo al estilo de alguna de las obras que ha representado, sin tener en cuenta toda la distancia que hay entre lo ficticio y lo real. Y ha venido a meterse de lleno en una trampa mortal. Benny no está solo ni se parece en nada al «malo» de las obras de teatro. Es mucho más listo y más duro que todo eso. ¿Sabe una cosa, Eric?

—¿Qué?

—Es de apreciar su buena intención, pero se ha mostrado como un incauto.

—¿Qué me dice de usted, al respecto? —masculló el actor—. Los dos estamos en la misma situación.

—Desde luego. Pero su presencia aquí me desconcertó. Me crucé con usted en la carretera, y me intrigó su expresión. De veras, pensé que estaba jugando con cartas marcadas en este asunto. Discúlpeme por ello. De haberse sincerado antes conmigo, yo habría procedido de una manera muy distinta.

—Lo siento.

—Creo que lo va a sentir mucho más, si no ponemos un remedio. No me ha gustado nunca mucho comer pescado, pero le juro que me gusta mucho menos la idea de que los peces me coman a mí. Quizá eso forme parte de la ley inexorable de las compensaciones, pero no me convence. ¿Dónde están ahora ese tal Benny y el otro gorila que me recibió?

—Afuera, en una de las habitaciones. Otros dos hombres partieron, poco antes de que usted llegase.

—Sí. Han debido ir a pedir instrucciones al jefe, acerca de su porvenir. Y no es difícil imaginar la clase de consejos que éste va a darles. Alguien me dijo una vez que yo acabaría mal. Un profesor de la Universidad de Austin, al que aplasté las narices de un puñetazo. Estoy seguro de que tenía razón. Pero, de todos modos, no quiero acabar tan rematadamente mal como pretenden estas ratas de dos patas. Además, me gusta terminar todo lo que comienzo. Eso quiere decir que tenemos que abandonar esta casa

por nuestros propios medios.

—No veo cómo vamos a poder hacerlo —rezongó el actor, al que la compañía de Edwin había devuelto su presencia de ánimo—. Estas cuerdas están amarradas a conciencia.

—No importa —sonrió el detective—. Yo también deseo escapar a conciencia. Y a ser posible, poner las manos encima a estos perros. ¿Se da cuenta de los negocios sucios que llevan entre manos?... Chantaje, drogas, crímenes... Y todo dirigido por un cerebro de diabólicas ideas. Nada de ostentaciones ni de intentar la corrupción de las autoridades. Esos buenos tiempos de la delincuencia han quedado atrás; se fueron con esa época tan desgraciada a la que se ha dado en llamar los «alegres veinte». ¿Conoce alguna definición que encierre una mayor ironía que ésta? Durante esos felices veinte, América padeció la depresión, la más profunda crisis económica de la Historia y la plaga del gansterismo; en Asia se moría la gente de hambre y miseria, y en Europa se incubaba la más cruenta guerra de todos los tiempos.

Edwin se arrastró sobre la espalda con rara habilidad, hasta situarse junto a Eric. Luego le apoyó ambas piernas en el pecho, cerca de sus manos.

—Llevo una navaja en una funda de la parte interior del calcetín derecho. Trate de sacarla. Es nuestra única esperanza.

Eric luchó durante largo rato por introducir sus dedos en la funda y hacerse con la navaja.

Al fin lo consiguió, jadeando a causa del esfuerzo que las cuerdas le habían obligado a llevar a cabo.

Edwin maniobró entonces basta tomarla entre sus dientes. Después la retuvo con fuerza, encogiéndose de un modo inverosímil, logrando, al fin, con sus uñas, sacar la afilada hoja.

Acto seguido, la tomó entre sus manos entrelazadas y la clavó con fuerza entre unas junturas de las tablas de la pared. A continuación frotó con suavidad las cuerdas contra el corte, segándolas con relativa facilidad.

El resto fue ya sencillo. Cortó las ligaduras de sus piernas y las que inmovilizaban a Eric Norton.

—Muévase con cautela, Eric —musitó.

—¿Piensa atacar a esos hombres?

—Claro.

—No tiene armas, detective. Esa navaja no puede servirle de nada, frente a dos hombres armados con pistolas.

—No he dicho que vaya a lanzarme al ataque con esta navaja. No soy el Robín Hood de las películas infantiles. Pero debe haber armas en esa lancha. Vamos por ellas.

Edwin abrió la ventana con sigilo. Luego pasó ágilmente al exterior, con una elasticidad que recordaba a un puma.

Eric lo siguió.

Alcanzaron la lancha sin novedad, pasando al interior de su cámara cerrada.

Edwin descerrajó uno de los armarios, y sonrió con dureza al ver en él varias carabinas de tiro rápido y abundantes municiones.

—Se lo dije, ¿no, Eric?

Empuñó una, comprobando su mecanismo y cargándola seguidamente. Y Eric hizo lo propio.

—Espere —lo contuvo—. Será mejor que no se meta en esto. Manténgase al margen. Habré lucha, y tengo motivos fundados para suponer que su experiencia es nula en estas lides.

—No importa; le ayudaré. Sé que no va a ser un juego de niños, que esos hombres saben lo que les espera, si son entregados en manos de la ley; pero no olvide que yo he venido aquí dispuesto a provocar esta pelea. No puedo decir que esté preparado para hacer la competencia a Buffalo Bill, más sé manejar un arma. Le será útil, se lo aseguro.

El detective no insistió. Así que, poco después, saltaban al embarcadero.

Edwin tenía el propósito de entrar por la misma ventana que habían empleado para salir, mientras Eric lo haría por la puerta. Eso pondría la sorpresa a su favor.

Pero se inmovilizaron en el centro del embarcadero al percibir el ronroneo del motor del coche, que en ese momento iniciaba el descenso de la pronunciada rampa que conducía desde el camino hasta la casa.

—Ya están de vuelta, con los consejos del jefe —rezongó—. Han sido muy oportunos. Debemos obrar con rapidez, o todo se irá al diablo.

En ese instante les llegó una voz, que provenía del otro lado de la ventana abierta, por la que habían salido de la casa.

—¡Benny! —Oyeron gritar—. ¡Los pájaros han volado!

Los acontecimientos se precipitaron. El hombre saltó por la ventana al tiempo que Benny emergía por la puerta, empuñando una pistola, y a la vez también que el coche alcanzaba las proximidades de la casa.

La luz de los faros les dio de lleno, descubriéndolos.

—¡Están ahí! Si consiguen escapar, estaremos perdidos. Ese detective sabe va demasiado.

Se elevó el seco bramido de la pistola de Benny. La sorpresa les había fallado y, con ella, las posibilidades de reducir a los delincuentes.

—¡Atrás, Eric! —pronunció el detective—. El camino está cortado por ahí. Salte a la lancha. No tenemos otro recurso.

El coche frenó con seco chirrido, y otras armas dispararon contra ellos desde ambos costados del mismo.

Edwin disparó a su vez, al tiempo que retrocedía. La primera lengua de fuego rojo azulado que brotó por la negra boca del cañón de su carabina escupió un salivazo de plomo, que alcanzó el hombro de Benny.

Eric Norton dejó escapar un gemido ahogado cuando ya se disponía a saltar a cubierta. Luego se desplomó, haciendo retremblar las tablas del sencillo embarcadero.

Edwin disparó entonces con furia inaudita, accionando el mecanismo a velocidad increíble, de forma que parecía un ametrallador.

Astilló el parabrisas, desconchó la esquina tras la que se parapetaba Benny, obligándole a dejar de disparar para cubrirse. Y uno de sus balazos alcanzó en la garganta al hombre que le sorprendió con un rifle a su llegada, que cayó emitiendo un espeluznante gorgoteo.

Edwin empujó a su compañero, hasta dejarlo en la cubierta. Seguidamente, puso el motor en marcha, ante los gritos de aviso de sus adversarios, conduciendo la lancha hacia alta mar.

Atrás sonaron unos disparos más, restableciéndose el silencio, al convencerse de que jamás podrían alcanzarle. Entonces, el detective paró el motor y se arrodilló junto a Eric Norton.

—Escuche, Eric —pronunció—. Debe conservar el ánimo. Lo llevaré ahora al hospital de Santa Cruz. Un médico puede dejarlo

como nuevo en pocos días.

—No, Edwin. Todo es inútil ya. Esto es el fin. Lo presiento. Lo sé con certeza, mejor dicho. Uno se siente acabar, ¿comprende?

El detective asintió con un gesto de rabiosa impotencia. Se daba cuenta de que el actor tenía razón. Sus momentos estaban contados. Y le dolía no poder hacer nada por impedirlo. Era, quizá, el único hombre que había estado dispuesto a luchar hasta el fin, sobreponiéndose a su vicio, por el amor de una mujer.

El herido señaló el cielo, tachonado de rutilantes estrellas.

—Es bonito, ¿verdad? —musitó—. Eso está mucho más limpio que aquí abajo.

—No lo crea, Eric. Lo han ensuciado también, desde que los hombres han empezado a adueñarse del espacio y los astronautas arrojan sus orines ahí arriba.

—Pero, más allá, hay algo completamente limpio.

—Sí. Un más allá eterno, donde sólo pueden estar los hombres de buena voluntad, los que sienten esa buena voluntad, aunque no lo parezca, y de donde son expulsados los que aquí parecen algo y tienen las entrañas más sucias que unas letrinas.

—Me gustaría pedirle un favor, detective.

—Cuente con él.

—Quiero que me entierren cerca de Letty.

—Tiene usted mi palabra, Eric.

Norton expiró unos segundos después, con la sonrisa en los labios. Y el detective pensó que ahora tenía una razón más para luchar sin desmayo hasta aplastar aquellas ratas inmundas que infestaban la costa de California. Una misión que ya consideraba tan sagrada como su propia religión.

CAPÍTULO VI

Edwin Frome pulsó el botón del zumbador de la lujosa casita de Diana Dam.

Acababa de dejar la motora con el cadáver de Eric Norton en manos del *sheriff*. Éste iba a encargarse de llevar los restos del actor hasta el depósito, y avisar a la casa que compartía con Vic y una hermana de su madre. También de girar una visita al *bungalow* y llevar a cabo una investigación a fondo sobre sus moradores, aunque el detective tenía la seguridad de que no encontraría nada por ese lado. Las ratas habían tenido tiempo de meterse en Ara madriguera.

Enseguida se abrió una puerta, apareciendo en el vano la bonita figura de la doncella.

—¿Está Diana aquí, preciosa? —inquirió.

—Sí. Pero la señorita Diana se ha retirado ya a descansar. No sé si podrá recibirte.

—Me recibirá —aseveró, colándose en el interior—. Y no emplees tanta ceremonia conmigo.

—Tengo la impresión de que te estás sobrepasando un poco —susurró ella.

Edwin la enlazó por la cintura y la besó en los labios. Luego la oprimió por la espalda y la cintura, al ver que ella le devolvía la caricia. Un beso largo, fuerte.

—Ésta es una prueba de que no me estoy sobrepasando guapa —musitó entonces—. Tú misma puedes comprobarlo. Otro hombre, en mi lugar, no se conformaría sólo con esto. Yo me doy por satisfecho... de momento. Tienes un atractivo irresistible. Aunque supongo que eso te lo habrán dicho ya muchos hombres.

—Desde luego.

—Bueno; uno más no importa. Otro día estaremos solos, y vendré para contarte un secreto.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de cómo se puede amar a una mujer sin estar enamorado de ella. Ahora dime cuál es la puerta del dormitorio de Diana.

La doncella se la señaló con una sonrisa de coquetería.

—Ahí puedes encontrarla. Y no olvides tu promesa, detective. Me encantan esa clase de secretos.

Edwin golpeó suavemente en la puerta, entrando al oír la voz de Diana invitándole a entrar. El detective cerró la puerta tras sí, y permaneció breves instantes inmóvil, contemplando a la joven, que lo miraba con cierto estupor.

Diana llevaba puesto un salto de cama de un vaporoso tejido azul celeste.

—¿Recibes así a todas las visitas? —ironizó Edwin—. Porque, en ese caso, te prometo que mis visitas serán más frecuentes.

—He pensado que se trataba de Norma. Es una amiga. Dijo que vendría esta noche a charlar un rato.

—Pues no se trata de Norma. Y celebro que hayas pensado eso.

—¿Por qué?

—Porque es posible que, de otro modo, no me hubieses ofrecido esta sugestiva visión.

Diana no se azoró. Por el contrario, la leve sonrisa que apareció en sus labios fue una confirmación de que le halagaban las manifestaciones de Edwin.

No obstante, echó sobre sus hombros una bata, antes de añadir nada más. Pero se veía precisada a sujetarla con las manos, de modo que se abría a cada movimiento, atrayendo mucho más la atención.

—Bien, Edwin —dijo—. Me agrada verte. Me haces recordar muchas cosas agradables.

—Lo comprendo —respondió el detective—. A mí también me hace recordar muchas cosas el hecho de tenerte frente a mí. Y pensar en otras. Por ejemplo: ¿cómo reaccionaría ahora tu padre, si pudiera vernos a los dos? Todo su empeño se centraba en que no cultivases la amistad del hijo de un alcohólico, que no tenía más que la tierra donde caerse muerto.

—Olvida eso, Edwin. Pertenece al pasado. Un padre siempre busca lo mejor para sus hijos. Se equivocan a veces, pero no cabe dudar de su buena intención.

—No me hagas recordar las intenciones de tu padre respecto a mí. Bien; vamos al grano, Diana.

—¿Otra visita profesional, Edwin? —adujo ella.

—Exacto.

—Te he dicho todo cuanto sé.

—Todo, no. ¿Desde cuándo te has aficionado a la heroína?

Los ojos de Diana Dam se posaron con fijeza en los del hombre. Durante largo rato permaneció en la misma actitud, con gesto desafiante.

Era indudable que las palabras del detective le habían producido un cierto alivio en su primera tensión acerca del motivo de su visita. Como si realmente fuese algo penoso para ella recordar las escenas de su secuestro. Pero también lo era que su amor propio se rebelaba ahora contra la dureza con que él le hablaba.

Al fin esa misma dureza y la tenacidad que afloraban a los ojos del sabueso privado vencieron su resistencia.

—¿Vienes a acusarme por eso, Edwin? —musitó.

—Tú misma te acusas, al adoptar ese hábito. Es una falta de fe en ti misma. Lo más lógico es que acabes con la mente extraviada, si persistes en ello.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tú misma acabas de decírmelo —respondió Edwin.

—Pero...

—Sólo lo sospechaba, aunque estaba seguro de no equivocarme. Letty y Eric Norton eran aficionados a esa porquería. Es una especie de refugio de los espíritus débiles, y de pronto recordé que tú pertenecías a esa clase de personas cobardes. El otro día me diste la impresión de una pobre muchacha desvalida. Eso me dio la clave. El pobre Eric también era débil...

—¿Era? Inquirió ella con cierta aprensión.

—Eso he dicho. El menor de los Norton ha muerto, apenas hace unas horas.

—Muerto —musitó Diana, como si hablase consigo misma.

El detective le explicó lo sucedido en el *bungalow*.

—Ahora contesta una pregunta, Diana. ¿Hace mucho tiempo que

te has iniciado en el uso de ese veneno?

—No. A veces siente desprecio hacia mí misma, y me resisto.

—Buena señal. ¿Dónde la guardas?

Ella le señaló un cajón del tocador, con expresión ausente, sin acabar de salir del estupor que le había producido la noticia de la muerte de Eric.

Edwin sacó de un cajón dos cápsulas, que destrozó, arrojando su contenido al suelo y esparciéndolo con el pie.

—¿Recuerdas los buenos tiempos de la Universidad, Diana?

—¿Cómo olvidarlos? Fueron los años más felices de mi vida.

—Entonces eras una jovencita muy serena, muy dueña de ti misma. Pisabas firme en la vida, teñías un claro concepto de tus verdaderos deseos, y sabías qué hacer para recorrer el camino y alcanzar la meta propuesta.

—Es cierto —respondió con sonrisa nostálgica—. Yo veía entonces la vida desde un ángulo muy distinto. Pero no merece la pena desenterrar ahora todo eso.

—Sí que lo merece. Yo estaba seguro de que tú lucharías con todas tus fuerzas por mantenerte en cualquier puesto de la vida que las circunstancias te asignasen. Ahora debo confesar que estaba equivocado. No supe juzgarte bien, calibrarte en tu justa medida. Porque en plena gloria, con la suerte de cara en la vida, estás recurriendo al refugio de los cobardes, de los fracasados.

—Eres duro, Edwin —susurró, humillando la cabeza.

—Voy a ser sincero, Diana. Estuve enamorado de ti.

Siempre he guardado ese recuerdo. Sé que pertenece el pasado, pero quiero recordarlo. Lo suponías todo para mí. Diana. Hubiese dado mi vida a cambio de la tuya. Sin embargo, a pesar de todos los lastres que pesaban sobre mi ánimo, jamás me arrinconé de esa manera.

Ella volvió a mirarlo a los ojos.

Era evidente que las palabras del detective despertaban ecos dormidos en su corazón, que vibraba aún, pese al tiempo transcurrido desde su letargo.

—¿Por qué no me dijiste eso claramente entonces, Edwin? —musitó.

—Porque yo también tenía mi orgullo, mi amor propio. Tú eras la hija de un profesor más estirado que un maharajá, y yo... lo que

era. Claro que entonces también pensaba como un muchacho que sueña con ser hombre, y carece en absoluto de experiencia. Pero jamás hubiese consentido en ser admitido por la fuerza en el seno de tu familia, y con el desprecio de saberme considerado inferior a ellos. Pero dejemos eso ahora. Has alcanzado la fama y la fortuna. Los hombres te admiran por tu... digamos arte y por tu belleza como mujer. Tienes todo cuanto una mujer puede apetecer en este mundo, Diana. Siendo así, ¿por qué no continuas pisando fuerte, como en tiempos pasados? ¿Por qué echas mano de este veneno pestilente para sostenerte?

Diana lo miró con expresión angustiada.

De pronto, se abrazó a él, rodeándole la cintura con sus brazos y apoyando la cara en el recio pecho del detective. En esos momentos era sólo una muchacha desvalida, que necesitaba la protección de un brazo fuerte.

Edwin la oprimió contra sí.

—Es cierto lo que has dicho Edwin —siseó—. He sabido pisar fuerte y seguro. Pero quiero revelarte algo.

—Hazlo, Diana —susurró él, acariciándola.

—Jamás me gustó actuar en un escenario.

El la apartó unas pulgadas para mirarse en sus ojos. Y vio que, efectivamente, le estaba diciendo la verdad.

—Quise aprender canto, como una diversión simplemente. Siempre tuve habilidad para ello, aunque me faltó voz. Pero mis sueños del futuro eran otros muy distintos.

—¿Cuáles eran, Diana?

—Yo sólo anhelaba un hogar... Y un hombre: un hombre al que yo presentía en lo más profundo de mi ser, junto al cual recorrería el duro y áspero camino de la vida, y del que sólo la muerte podría separarme.

—Continúa, Diana.

—Cuando papá murió, y me vi obligada a abandonarlo todo y trasladarme al Este, la parte más importante de mi vida se quedó en Texas para siempre. Tía Mattie era una buena mujer, pero no tenía un centavo. En realidad no estaba preparada para ganarme la vida con un trabajo corriente, y tuve que hacerlo del modo que más me repugnaba. Ella venía siempre conmigo, y me prestaba su apoyo moral. Pero murió pronto. Desde entonces, mi vida ha sido una

dura lucha, un continuo infierno. He tenido que luchar contra mí misma, contra mil asechanzas.

—Pero al fin has triunfado, Diana. Eso debe ser un estímulo suficiente para ti.

—Todo lo contrario, Edwin. He fracasado en toda la línea. Como artista y como mujer. Yo ansiaba poder actuar en espectáculos serios. Pero he tenido que buscar el triunfo fácil de sumar a mi voz el hecho de mi cuerpo. Luego...

—¿Qué?

—Conocí a un hombre. En Nueva York. Su presencia me embelesaba. Hubiera jurado que era amor le que sentía por él. Si no lo era, yo esperaba que nuestro matrimonio acabaría por convertirlo en eso. Otro fracaso. Quizá el más ruidoso de mi vida. Aquel hombre era el mayor canalla que había conocido.

—A pesar de todo, has llegado arriba.

—Y eso es, quizá, lo peor de todo, Edwin —pronunció con cierta amargura—. Es más fácil luchar por el triunfo que mantenerse luego en él. El camino es árido, pero se tiene la esperanza de la recompensa al llegar a la meta. Una vez que ésta se ha alcanzado y se recibe el premio, una se habitúa a esa gloria, que se convierte en una cosa rutinaria, hasta perder todo aliciente, sobre todo, si esa gloria nos ha venido por un camino que nunca habíamos deseado. Entonces se siente un gran vacío en el interior. Los nervios se desatan y el espíritu se debilita al tiempo que nuestra resistencia física.

«Quizá sea distinto en una persona que ama su arte. Pero te aseguro que yo lo detesto, no tengo una verdadera vocación por él. Y es terrible alcanzar esa barrera que nos impide seguir adelante, que nos indica que no podemos ir ya más allá. Es cuando se vuelve la vista atrás y se mira el pasado, cuando siempre había algo en qué soñar. Ése es el motivo de mis paseos a la orilla del mar; allí, a solas, pienso en la felicidad añorada y perdida. Porque mi verdadera vocación es ésa: un matrimonio unido, un hogar, el porvenir de unos hijos; la satisfacción, en la madurez, de haber hecho de ellos hombres de provecho».

Continuó mirándole a los ojos, dejando ahora que las lágrimas resbalasen mansamente por sus mejillas.

—Bien; yo te comprendo, Diana. Pero eso puede llegarte en

cualquier momento, cuando menos lo esperes.

—¿Por qué no me dijiste aquello, Edwin? —pronunció.

—¿Decirte qué?

—Que yo significaba tanto para ti. Lo intuía, pero tú debías romper la frialdad del hielo. Yo también te quería, Edwin.

—No digas tonterías, Diana —respondió—. A tu padre no le gustaba tenerme como yerno. Pero le juro que hubiese renunciado a mi propia felicidad, antes que consentir en admitirlo a él como suegro. Era una especie de pavo real con toga y ese ridículo sombrero que les obligan a ponerse, que parece un puchero puesto boca bajo. Además, sé lo que hubiese sido nuestro matrimonio. El amor perdura a través de los años. Pero un día llegan las borrascas. Es inevitable. En todas partes llueve y hay tormentas. Entonces, me hubieses echado en cara al progenitor borracho y yo, a ti, a esa lápida viviente que tenías por padre.

—No digas eso.

Edwin no respondió. No podía hacerlo. Diana se oprimía más contra él, y el contacto de su cuerpo a través de la tenue prenda parecía adormecer sus sentidos, despertando un deseo largamente añorado.

Edwin nunca supo cuánto tiempo transcurrió entregado a la caricia de la joven, hasta que su mente fue capaz de coordinar las ideas. Entonces, separóse un poco de ella para preguntarle:

—¿Quién te proporciona ese veneno, Diana?

—Otra vez el detective, ¿eh, Edwin?

—Es necesario.

—Rufus me la proporcionaba la mayor parte de las veces. Una vez me dijo que si en alguna ocasión no podía dármela, era suficiente con que me presentase en el almacén de Cliff, en la Madison Street, y se la pidiese en su nombre. Ignoro si así se proveía de ese tal Cliff o era al contrario. Pero nunca acudí a ese almacén.

—Es suficiente.

Abandonó la habitación, encaminándose acto seguido a la Madison Street.

Edwin estudió el terreno antes de nada. Y observó que la parte posterior del almacén daba a un estrecho callejón, sumido en las tinieblas...

Vio luz en una de las ventanas de la planta superior, donde Cliff tenía, al parecer, su vivienda.

No dudó lo más mínimo. La tubería de desagüe ofrecía facilidades para ascender por ella, y el detective lo hizo así. De forma que unos minutos más tarde se encontraba apoyado en el alféizar de la ventana iluminada, atisbando el interior de la habitación por el hueco.

Había dos hombres sentados junto a una mesa, con sendos vasos de *whisky* ante ellos.

Reconoció a Cliff, bajo y achaparrado. El otro le era desconocido. Un sujeto alto, de poblada barba.

—¿Estás seguro de que, después de lo ocurrido, no corremos un albur, llevando ese cargamento a la casa de Benny? —oyó preguntar a éste.

—Nada de eso —respondió Cliff—. El *sheriff* ha debido pensar que no vamos a atrevernos a llevar nada allí. Eso es precisamente lo que más seguridad nos da. No se ha preocupado de establecer una vigilancia en el *bungalow*. La lancha llegará a media noche y dejará allí la carga. El propio Alan Plen se encargará de traerlo hasta aquí en el coche. Podremos salvarnos de este mal paso si obramos con prudencia y decisión al mismo tiempo. Ahora vamos a retirarnos a descansar.

Edwin desistió de su primera idea de entrar en la habitación y sacudirles de firme. Era mejor vigilarlos y esperar; obrar con astucia. Lo más seguro era que no encontrase en aquel almacén de artículos alimenticios nada que pudiera acusarlos. Además, la detención de los dos hombres pondría sobre aviso a los demás, que impedirían la llegada de esa lancha con el cargamento.

Era mejor esperar la llegada y sorprenderles en pleno delito. Juntamente con el *sheriff* les obligarían entonces a confesar toda la verdad, evitando la fuga de los restantes miembros de la banda. Sería el jaque al rey. Había tenido suerte, y no era cosa de echarla a perder por obrar con precipitación.

Volvió a descender al callejón y alejarse de su apartamento.

Al día siguiente, al caer la noche, Edwin, el *sheriff* Evans y tres agentes uniformados alcanzaban el *bungalow* de Benny, recorriendo la última rampa con los faros apagados y el motor parado, con el fin de no provocar la menor alarma.

La casa permanecía sumida en la oscuridad y en el silencio. Algo que motivó el recelo de Edwin.

No había nadie allí. Ni la menor señal de Cliff o el hombre de la barba.

Decidieron esperar. Y una hora más tarde, percibieron el ronroneo inconfundible de un motor acercándose a la orilla.

Los hombres se encaminaron al embarcadero y esperaron a que la lancha, grande y con la cabina cubierta, hubiese atracado para saltar a ella.

—Hola, amigos —saludó con ironía el único tripulante que venía en ella—. Buen recibimiento. ¿Dónde están Benny y Lister?

—Benny ha desaparecido y Lister murió anoche.

—¡Caramba! Parecía un hombre sano. ¿Qué diablos le pasó?

—Indigestión de plomo. Salte afuera.

El otro, un hombre de edad madura, saltó al embarcadero, brillando en sus ojos el sarcasmo.

—Usted es Alan Plen, ¿no? —inquirió el detective.

—El mismo. El *sheriff* me conoce. Soy un comerciante, Proveo a varios comercios de Santa Cruz de productos del sur de nuestro Estado. El transporte por mar es económico; cuando hace buen tiempo, desde luego.

—Registren la lancha —espetó Evans.

Pero la embarcación sólo contenía algunas frutas y otros productos manufacturados.

Entonces fue cuando el recelo de Edwin Frome tomó cuerpo, y comprendió que las ratas de la costa habían vuelto a escurrírsele entre las manos.

Aquella lancha había trasladado infinidad de veces heroína, pero el cargamento había desaparecido, y fue sustituido por otro, antes de su llegada allí. Las ratas hayan sospechado sus intenciones o quizá tuvieron una clara noción de lo que iban a hacer, y avisaron a Plen para que cambiase su mercancía antes de alcanzar tierra.

El hecho de que se hubiese presentado allí esa noche sólo encerraba un sarcasmo. Era como una burla para líos. Una forma de demostrarles su astucia, las dificultades que entrañaba poder vencerlos alguna vez.

—¿Desean algo más de mí? —pronunció Plen con sorna.

—No, puede marcharse —masculló el *sheriff*, que también había

intuido la burla de que estaban siendo objeto en parte de las «ratas».

—Espere —dijo Edwin—. Se deja algo.

Disparó de pronto el puño diestro, estrellándolo en el mentón del marino, que cayó al agua con seco chapoteo.

Le ayudaron a salir los dos agentes.

—*Jaque*.

—Esto es un atropello —jadeó Plen—. Presentaré una denuncia contra este hombre.

—Hágalo —respondió el *sheriff*—. Está en su derecho. Y usted, Edwin, repórtese. Si es presentada esa denuncia tendré que proceder contra usted. Lo comprendo todo pero soy un defensor de la ley, y tengo mis obligaciones.

—De acuerdo —rezongó Edwin—. ¿Cuánto cree que será la cuantía de la multa que el juez me impondrá por esta agresión?

—Cinco dólares.

El detective sacó dinero del bolsillo con parsimonia y ofreció al *sheriff* diez dólares.

—Esto es el doble, Edwin, y...

—Es lo justo —le atajó, propinando un nuevo puñetazo a Plen, que volvió a caer al agua.

Cuando estuvo fuera, Frome le engarfió la diestra en la cazadora de cuero que vestía, para decirle:

—Escuche esto, Plen. Es una buena advertencia. Esta vez ha sabido burlarnos. Usted traía heroína. Sé qué no puedo acusarle de nada, ahora. Ha obrado con astucia y eso le pone, de momento, lejos del alcance de la ley. Pero cuídese la próxima vez. Le prometo que entonces no estará el *sheriff* cerca, como ahora, para estropearle la fiesta.

—Oiga, amigo...

—No me interrumpa —le atajó nuevamente en tono gélido Edwin—. No he terminado aún. Si le tiene apego a su pellejo y no quiere dejarlo en la cámara de gas, váyase cuanto antes a mil millas de aquí. Nada más.

—¿Quiere que me provea de una orden de registro, y la efectúe en el almacén de Cliff? —inquirió el *sheriff*.

—No encontraría nada ya. Están bien respaldados, por el momento. El juez no tiene motivos para formarles causa, y es mejor

esperar para asestarles el golpe definitivo, jaque al rey es inminente. Se lo aseguro, Evans.

Regresaron en silencio a Santa Cruz.

Edwin Frome no comunicó al *sheriff* ninguna de sus nuevas sospechas. Pero había sopesado los últimos hechos y sacado, de los mismos, conclusiones claras y precisas.

Sólo Diana sabía sus propósitos de visitar a Cliff. Sólo ella, intencionadamente o sin pensarlo, había podido hablar con alguien acerca de eso. La declaración de la joven al respecto era, pues, de trascendental importancia. Toda la solución del enigma podía depender, ahora, de ella. No se trataba de unos simples delincuentes. Lo eran, sí, todos los miembros de la organización. Pero ellos estaban dirigidos por un hombre que pensaba bien y obraba en consecuencia. Habría bastado una simple insinuación de la joven para que ese hombre atase cabos y pudiera desbaratar sus planes. Seguro que se había apresurado a preguntarle a Cliff y, al saber que éste no había recibido la visita del detective, había comprendido lo sucedido. Así tuvo tiempo para eludir su acción y burlarse de él.

Pero había algo más que eso. El planeador de aquellos turbios negocios debía haber prevenido que él también ataría cabos al respecto, y sacaría conclusiones sobre Diana Dam.

Y si la joven no estaba realmente complicada, significaba que se hallaba en peligro. Porque aquellos hombres no iban a detenerse ante la muerte de una mujer mientras ella representase un serio motivo para perder su seguridad.

CAPÍTULO VII

Edwin llamó repetidas veces a la vivienda de Diana Dam. Hasta que, al fin, percibió unos tenues pasos aproximarse a la puerta desde adentro.

—¿Quién es?

—Abre un momento, Clara —dijo, al reconocer la voz de la doncella—. Soy Edwin, el detective.

Se abrió la hoja y entró. Luego miró a la doncella, que le dirigió una provocativa sonrisa.

—¿Vienes a cumplir tu palabra y enseñarme ese secreto, Edwin?

—Es posible. ¿Se encuentra Diana en su habitación?

—No podría contestarte. Me he acostado muy temprano.

—Bien. Tengo que entrar ahí. Es posible que le haya sucedido algo a Diana.

La doncella pareció alarmarse.

La puerta no estaba cerrada con llave, y entraron juntos, accionando la joven el conmutador de la luz, en el marco de la puerta.

Pasearon sus miradas por todos los ámbitos de la habitación.

No había la menor señal de violencia. Y el dormitorio estaba también en perfecto orden, con el detalle del lecho sin deshacer.

Edwin se dedicó a registrar el cuarto. Y en el armario ropero encontró algo que le sorprendió.

Al abrir la puerta, lo primero que llamó poderosamente su atención fue un portafolios negro instalado en un ángulo, bajo unas cuantas prendas. Un portafolios que él recordaba bien haber visto en otra parte. Un portafolios idéntico al que Wade Lheman empleó para llevar el dinero exigido por los secuestradores de Diana.

Lo tomó, depositándolo sobre la mesa.

No tardó en vencer la resistencia de la sencilla cerradura. Y su frente se frunció en diminutas arrugas al comprobar que contenía en su interior una respetable cantidad de fajos de billetes grandes.

Los examinó. Así pudo observar que todos tenían aquella minúscula marca roja que Wade había hecho a los billetes destinados para pagar el rescate.

Los contó.

Había exactamente noventa mil dólares.

Tuvo un momento de amargo desengaño al comprender la actitud de Diana Dam. La joven había estado burlando de él; una burla sangrienta, la suya. Ello misma había planeado y ejecutado su propio secuestro, con ayuda de dos compinches, para sacarle el dueño del teatro la cantidad que éste había negado a concederle mediante contrato.

No era eso lo peor, puesto que Lheman, en ese aspecto, merecía una lección. El hecho implicaba una más honda trascendencia. Porque Diana Dam se había valido precisamente de Rufus Plaffer y de Roney Kelston para llevarlo a cabo. Y ambos pertenecían a la organización dedicada al chantaje, a las drogas y al crimen.

Eso señalaba a la joven como colaboradora de la organización. Ella era quien los había puesto sobre aviso después de seguirle a él la corriente la noche anterior para cubrir mejor las apariencias.

Incluso le confesó, falazmente, que también lo había amado en aquellos tiempos en que ella era la hija del profesor de la Universidad y él el hijo de un desgraciado alcohólico. Había tenido la desfachatez de demostrarle que deseaba empezar lo que entonces quedó truncado por su silencio y las circunstancias adversas. Y, mientras, estaba clavándole un cuchillo por la espalda.

Se enclavijaron sus dientes mientras volvía a cerrar el portafolios y salía al vestíbulo, seguido de la doncella, que le observaba en silencio. No le importaba demasiado el amor de Diana. Había aprendido a curarse de espanto en todos los asuntos, incluidos los de faldas. Pero...

—Pareces muy disgustado, Edwin —sonrió Clara con gesto insinuante—. Pero creo que esta ausencia de Diana es una suerte para nosotros dos.

Edwin no aceptó esta vez el juego. Estaba demasiado enfadado consigo mismo para fijarse en los encantos de la muchacha, que se

los ofrecía tentadores. Se había dejado llevar de sus impulsos ante Diana, y eso le dolía ahora en lo más íntimo de su ser.

—Lo más seguro es que Diana no regrese en toda la noche —dijo—. No te inquietes por ello.

—¿Seguro que no regresará en toda la noche?

—Seguro.

—Mejor. ¿Quieres esperar aquí hasta que ella vuelva? —insinuó con un gesto de coquetería.

—Otro día será, preciosa —respondió Edwin—. Antes tengo que dejar en claro varias cosas. ¿Quién ha estado hoy aquí?

—Pues, Vic Norton.

—¿Cuándo estuvo?

—Vino a primeras horas de la mañana. Parecía muy enfadado. Los dejé solos aquí, y no sé de qué hablaron, pero por la violencia con que pronunciaba las palabras, me pareció que el señor Norton estaba muy enfadado.

—Es natural. Tú sabes lo ocurrido a su hermano Eric.

—Desde luego. Sin embargo, su voz no sonaba apenada, sino violenta.

Edwin meditó en las últimas palabras de la doncella. Quizá Vic había descubierto algo, y pretendía trabajar la solución del asunto por su cuenta, como su hermano Eric. Si había descubierto algo que comprometía a Diana... O si él estaba también complicado en la organización...

—¿Alguien más?

—Lo ignoro. Hoy tuve mi día libre, y permanecí ausente de la casa toda la tarde.

—De acuerdo. Buenas noches, guapa.

—¿No te quedas? —pronunció ella con un gesto de desencanto.

—Tengo otro trabajo más urgente ahora. Acuéstate, cierra los ojos y piensa que la almohada soy yo. Y procura no deshacerla a mordiscos.

Abandonó seguidamente la casa.

Ante él se abrían varios caminos a seguir. Suponiendo que Diana fuese inocente, a excepción de su secuestro, sólo un hombre había hablado con ella aquella mañana: Vic Norton. Así que decidió ver al actor antes que nada.

Pero fue algo que no pudo llevar a cabo. Tía Mattie se levantó

del lecho para atenderle. Una tía Mattie de ojos enrojecidos por el llanto, cuyo ánimo parecía haberse derrumbado de un modo total.

—Vic no está —sollozó—. No me explico dónde puede encontrarse.

—¿Cuándo se ausentó de esta casa?

—A primeras horas de la mañana, y no ha regresado aún. El quería mucho al pobre Eric. No me explico qué le pudo sucederle para no hallarse presente en el acto de darle sepultura. Porque Vic, además, es metódico cien por cien en todos los actos de su vida.

Edwin salió de allí con el ánimo encrespado, dispuesto a tomar medidas drásticas, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos. Las ratas de Santa Cruz estaban llegando ya demasiado lejos. Ignoraba las causas de la ausencia de Vic Norton, aunque empezaba a tener una clara noción sobre eso.

Se presentó en el almacén de Cliff. Éste era un miembro de la organización. Lo sabía implicado en el negocio, y le arrancaría sus secretos, aunque tuviese que imitar los procedimientos que se atribuyen a César Borgin. Ahora no iba a contar con la presencia del *sheriff* para frenar sus impulsos. Era lo malo de tener que investigar de una manera estrictamente legal.

Pero el almacén estaba desierto, sumido en las tinieblas, y Cliff no se hallaba en la vivienda.

Entonces se decidió por Alan Plen.

Éste habitaba una infecta casucha de los suburbios del norte de la ciudad, pero tampoco se encontraba allí. Le franqueó la entrada una amiga suya, que compartía su vida desde hacía varios meses.

—¿Dónde está Plen? —inquirió con dureza.

—Salió.

—Dígame cuánto hace de eso y adonde ha ido.

—¿Es usted policía?

—No, y eso es lo malo para usted. No voy a andarme por las ramas. No puedo perder el tiempo. Si se obstina en callar, le aseguro que pasará toda la noche aplicándose pomadas a las partes doloridas.

La mujer comprendió que la amenaza del detective no era un «bluff» para forzarla a hablar. Estaba decidido a llevarla hasta el fin. Conque prefirió decir cuánto sabía, y evitarse eso de las pomadas.

—Lo llamaron hace una hora más o menos. Parece que tenía que

efectuar un trabajo urgente para esta misma noche.

—¿Quién lo llamó?

—No me lo dijo. A Plen no le ha gustado que lo molesten, y se fue refunfuñando.

—¿Cuál es su punto de destino?

—Creo que la casa de Benny. Parece que se trata de hacer algo con la lancha. Le oí mascullar algo acerca de un tal Vic, pero nada más. Es todo cuanto sé.

Edwin obligó al coche a dar su máximo rendimiento, enfilando el solitario camino que conducía al *bungalow* de Benny.

No tardó en lanzarse por la pronunciada rampa que conducía al llano, cruzando junto al *bungalow*, para frenar ya en el mismo comienzo del embarcadero.

Plen estaba allí, y acababa de cargar sobre la motora, con un gran esfuerzo, una enorme caja de embalaje.

Pero Alan Plen lo había columbrado a su vez, y se apresuró a poner el motor en marcha, despegándose de la orilla.

Edwin corrió con todas sus fuerzas, saltando hacia delante al llegar al borde del embarcadero. Luego cayó sobre la cubierta de la motora, golpeándose en la caja.

Alan abandonó el timón para volverse a él, tratando de empuñar su pistola de la funda axilar.

Edwin no le dio tiempo para hacerlo. Se lanzó sobre sus espaldas, cayendo ambos al suelo, estrechamente abrazados.

Durante largo rato pugnaron por conseguir una ventaja sobre su adversario, hasta que se impuso la mejor capacidad del detective para la lucha cuerpo a cuerpo.

Edwin se situó sobre su adversario, oprimiéndole le garganta con ambas manos.

Mientras lo hacía, casi de un modo distraído, su mirada se posó en la caja, en uno de cuyos costados contenía escritas con tinta negra las palabras: «Grand Theatre. Santa Cruz».

Aflojó un tanto la presión de sus manos al cerciorarse que Plen dejaba de luchar, y parecía dispuesto a darse por vencido de una vez.

—Cuidado —barbotó Plen—. Vamos a escorar.

La embarcación hizo de pronto un brusco viraje, se elevó sobre la cumbre de una ola y volcó sobre estribor, arrojándolos afuera.

La caja salió proyectada sobre las olas, al mismo tiempo que los hombres. Y su tapa se abrió al cruzar junto al detective.

Edwin sintió un frío intenso en sus entrañas al ver que del interior saltaba un cadáver de rostro ensangrentado, para hundirse bajo las aguas.

No pudo reconocerlo. Debían haberlo liquidado de un balazo en pleno rostro, y esto desfiguraba sus facciones. Además, sólo él lo había visto durante un breve instante, y era imposible fijar su identidad, ni siquiera el color de sus ropas.

Se hundió junto a Plen, y lo izó a flote. Luego dejó escapar un tenue silbido significativo, al cerciorarse de que estaba muerto. Algún golpe contra la embarcación lo había desnucado.

Lo soltó.

Mala suerte. Alan Plen era un eslabón más de la siniestra cadena, una rata más de la manada, y había confiado plenamente en obtener cosas muy interesantes de él. Pero no había que pensar ya en eso. Es lo malo de los muertos, que no pueden hablar.

Recordó el cadáver.

De forma que ése era el trabajo que le habían encomendado a Plen con tanta urgencia; desembarazarse de un muerto, arrojarlo al mar y hacerlo desaparecer para siempre. Las ratas obraban con astucia, pero él se aproximaba lentamente, de una manera inexorable, al final.

Ganó a nado la orilla. En realidad, la embarcación había descrito un círculo, yéndose a hundir cerca de la misma.

Al día siguiente se pondría en comunicación con el *sheriff* para que éste se encargase de iniciar el rescate de ambos cuerpos y proporcionarles un entierro decente.

El se encaminó a la lujosa mansión de Wade Lheman que le franqueó uno de los criados.

El hombre estaba en el mejor de los sueños, pero Edwin le obligó a levantarse.

—¿Qué diablos ocurre ahora, detective? —masculló—. Falta bastante aún para que amanezca.

—Han sucedido muchas cosas, Lheman —replicó con impaciencia—. Diana Dam ha desaparecido y Vic Norton también.

Al dueño del Grand Theatre se le desorbitaron los ojos.

—¿Está seguro de lo que dice? —balbució.

—Tan seguro como que estoy aquí. Creo que no es ajena a muchas de las cosas que han venido sucediendo últimamente. Encontré en su dormitorio el dinero que usted pagó por su rescate. ¿Comprende lo que eso significa?

El asombro pareció petrificar a Lheman.

—Increíble —pudo articular al fin.

—Pero cierto. Vístase ahora. Viene conmigo al teatro.

—¿Al teatro? ¿Cree que allí puede encontrar algo que...?

—Estoy seguro de ello.

—Oiga, Edwin. Yo le contraté para recuperar ese dinero. Ya lo ha hecho. Ahora...

—Ahora haga lo que le digo. Tengo una corazonada. Alguien metió un cadáver sin identificar en una caja de embalaje perteneciente al teatro. Usted conoce al detalle todas las dependencias y tiene todas las llaves. Vamos a registrar, una a una, todas esas dependencias. Tengo la intuición de que vamos a encontrar cosas muy interesantes. Esos hombres parecen habituados a emplear sus embalajes. Creo que alguna vez, junto a una lámpara o un telón, han llegado cápsulas de heroína.

Lheman se atragantó.

—Dios mío —musitó—. Eso que me cuenta es terrible, si resulta cierto.

—No tiene que preocuparse, si usted no ha consentido que eso se haga.

—Por supuesto. ¿De veras cree que Diana es culpable?

—Desde luego. Y tampoco estoy muy seguro de la inocencia de Vic Norton.

Lheman movió la cabeza en un gesto dubitativo.

—Quizá tenga razón, detective —musitó—. Vic estuvo esta mañana en la casa de Diana. Ella acudió al ensayo. Me comunicó entonces la visita de Vic. No añadió detalles, pero me aseguró que Norton era una auténtica rata. Crecía muy preocupada, y no habló nada más. Vic no fue al teatro. No me extrañó, teniendo en cuenta lo ocurrido al pobre Eric. Pero tampoco estuvo presente en la ceremonia del entierro de su hermano.

—Bien. Vístase ahora, Wade.

Éste se encerró en su dormitorio, para reaparecer al cabo de casi una hora, vestido con su habitual petulancia.

—Preparado, detective —dijo con tenue sonrisa.

Entraron por la puerta lateral del teatro, atravesando el corredor, hasta el escenario.

—¿Por dónde empezamos? —inquirió Lheman, después de abrir la puerta de la conserjería para conectar las luces.

—Por el almacén donde guardan los trastos y embalajes.

—De acuerdo. Sígame.

Condujo al joven hasta una puerta grande, que se abría al otro lado del amplio escenario. Ésta daba a una enorme sala, en la que se amontonaban las cajas de diversos tamaños, partes de algunos telones y otros muchos objetos para el decorado. Una puertecilla lateral la comunicaba con la calle, pero ésta sólo era abierta cuando se trataba de entrar algún nuevo objeto.

Wade le apoyó una mano en el hombro, conteniéndole de pronto. Luego tendió el oído.

—¿Qué le sucede? —inquirió Edwin.

—Un ruido. Parece que hay alguien más que nosotros aquí dentro.

—No —respondió el detective, señalándole el espacio libre del escenario, iluminado a medias por unas bombillas—. Debe tratarse de una aprensión suya, Lheman.

El propio Edwin accionó el conmutador de la luz del cuarto, iniciando el registro.

—No estoy tranquilo —musitó el empresario, que lanzaba continuas miradas de temor a su alrededor—. Tengo la sospecha de que hay alguien más.

—Vaya a cerciorarse usted mismo —espetó Edwin, molesto por el temor que Lheman demostraba.

Wade se acercó con paso sigiloso hacia el otro extremo del escenario. Y, de pronto, se apagaron todas las luces, dejándoles sumidos en la más densa oscuridad. Alguien había desconectado los mandos eléctricos, desde el cuarto del conserje.

Enseguida le llegó el grito de Wade Lheman, un grito de pánico desbordado:

—¡Edwin!

Corrió a la salida del almacén, empuñando su pistola. Y antes de que lo alcanzase, restalló un arma, cuyo estampido adquirió extraordinaria resonancia en el profundo silencio del teatro.

El grito bronco de Lheman le llegó seguidamente.

Se asomó al vano.

En ese momento se vio enfocado por un potente foco eléctrico de bolsillo desde el otro lado del escenario, y volvió a restallar el arma.

El proyectil astilló el marco, a escasas pulgadas de su cabeza.

Se lanzó en plancha al suelo, disparando a su vez hacia el lugar donde brillaba la luz y los fogonazos.

Oyó un gemido ahogado y el ruido de un cuerpo al desplomarse. Entonces se levantó con presteza y corrió en esa dirección.

El hombre disparó desde el suelo, obligando al detective a tomar precauciones. Luego continuó su avance en la oscuridad, con paso cauto.

Le pareció percibir ruido de pasos alejándose por el pasillo que conducía a la calle, pero se abstuvo de correr. Podía tratarse de una trampa.

Al fin encendió su linterna y la enfocó al fondo.

Sólo vio a Lheman tendido en el suelo, cerca de la entrada del corredor.

Se inclinó sobre él, mirando de soslayo la mancha de sangre dejada por el agresor herido.

El empresario no había perdido el conocimiento, pero estaba intensamente pálido y sus adiposas facciones se desencajaban en un gesto de pánico. Tenía un rasponazo sanguinolento en la mejilla izquierda.

—¿Está herido, Lheman?

—En el hombro. No creo que sea nada grave, pero no soy un hombre de lucha.

—Sí. ¿Cómo lo sorprendió?

—Yo estaba seguro de haber percibido un ruido.

—He de reconocer que tiene mejor oído que yo. Y me precio de tenerlo excelente.

—Me sorprendió al llegar aquí. Salió de pronto del cuarto del conserje, me enfocó la cara con la linterna y disparó contra mí. Confieso que me asusté de veras. Caí al suelo. Entonces apareció usted y eso impidió que me rematase.

El detective examinó la herida del hombro de Lheman. Un rasponazo bastante profundo, pero sin interesar a la clavícula. Un

balazo con suerte, porque era indudable que aquella rata había buscado su muerte.

El detective lo llevó hasta su mansión, requiriendo los servicios de un doctor.

—Hablaré con el *sheriff* —dijo al despedirse, cuando Lheman se encontraba ya en el lecho con su hombro vendado—. Creo que será conveniente que uno de sus policías vigile esto de cerca. Es posible que esos hombres intenten repetir la suerte.

—No lo haga, Edwin —replicó Lheman con rapidez—. No volverán a pillarme desprevenido. Tengo una pistola y le aseguro que haré buen uso de ella, si aparecen otra vez ante mí. De todas formas, no creo que me busquen a mí otra vez. Ese hombre debía ir por usted.

—Desde luego.

Edwin salió afuera y condujo su coche lentamente hacia el teatro. Quería acabar el registro aquella misma noche. Ahora más que nunca tenía la certeza de encontrar allí algo revelador.

Las calles aparecían desiertas y el silencio era absoluto a esas horas de la noche, próximas al amanecer.

Cruzó junto a una bocacalle. Y atrajo su atención el gemido de un motor forzado a arrancar a toda velocidad.

Miró en esa dirección.

Se atirantaron todos los músculos de su cuerpo al divisar un camión de gran tonelaje emerger por la boca de la calle y lanzarse contra él a toda marcha.

Edwin no perdió el dominio de sus nervios. Se volcó materialmente sobre el volante, virando a su derecha.

Soslayó el choque, aunque no pudo evitar que el camión entrase en colisión con un costado de su vehículo, de refilón, aunque con la suficiente fuerza para desplazarlo a un lado, destrozándole el radiador.

El camión se alejó sin decrecer su velocidad, desapareciendo pronto por la primera esquina.

Edwin se apeó, enfurecido. Y otra vez lo salvó su intuición y el dominio de sus nervios.

Apenas había acabado de poner los pies en la acera, cuando sintió el sonido de otro motor, en el mismo punto por donde había salido el camión dispuesto a aplastarlo.

Vio al coche de negra carrocería y potente motor. Y también el largo cañón del fusil ametrallador asomando por la ventanilla delantera.

Se lanzó tras la parte delantera de su coche, empuñando su pistola. Y abrió fuego cuando el ametrallador inició su bronca canción de muerte y las balas repiquetearon en la carrocería.

No pudo alcanzar a ninguno de los tripulantes ni éstos se esforzaron por prolongar la pelea. Comprendiendo que ya no podrían abatir al detective, desaparecida la ventaja de la sorpresa, se alejaron, perdiéndose pronto en la distancia.

Edwin enfundó entonces su pistola y se alejó furtivamente, cuando se abrían las primeras ventanas y sonaba el silbato del policía que acudía al lugar de la refriega.

Se presentó en el teatro. Pero pudo comprobar que alguien había estado allí mientras él llevaba a Lheman a su mansión. Vio muchos cajones y otros objetos en sitios muy distintos a como él los había dejado antes.

No se molestó en mirar más. Aquello era suficiente para él.

Después, Edwin Frome, agotado por una noche de continuo ajetreo, se retiró a su vivienda, entregándose a un merecido descanso. Si no se equivocaba, el día siguiente iba a depararle una jornada de continua acción.

CAPÍTULO III

Edwin se levantó temprano. Una ducha de agua fría le devolvió todo su vigor y optimismo.

Seguidamente recibió una llamada del *sheriff*, al que puso en antecedentes de todo lo sucedido la noche anterior. Después se dedicó a efectuar una serie de visitas.

Vic Norton no había aparecido por su casa. Y su ausencia había acabado por derrumbar del todo la entereza de tía Mattie, que nada pudo añadir.

Diana Dam continuaba sin presentarse tampoco. Y la doncella seguía esperando que Edwin cumpliera su palabra.

El *sheriff* llevó a cabo un registro en el almacén de Cliff, sin encontrar nada. Además, el dueño parecía haberse esfumado y no pudieron hallar rastro de él en la ciudad.

El detective se presentó en la mansión de Lheman, cuando el día ya se aproximaba a su ocaso.

Le franqueó la entrada el criado.

—Le esperaba —dijo a guisa de preámbulo—. Tengo algo para usted.

—¿Dónde está Lheman?

—Vino un hombre a verlo, hace como unas tres horas. Un sujeto desconocido para mí. El señor Lheman se vistió a pesar de su herida y marchó en compañía de ese hombre.

Primero trató de localizarlo a usted. Entonces dejó una nota y agregó que si no estaba de regreso al anochecer yo debía buscarlo a usted donde fuese y entregársela. Al parecer era muy urgente y no admitía demora.

Edwin leyó el mensaje que el dueño del Grand Theatre había dejado para él:

«He recibido noticias de Diana Dam. Parece que se encuentra en serias dificultades. Se ha refugiado en el *bungalow* de Benny. Creo que usted ya lo conoce. Salgo a su encuentro».

«Wade Lheman».

Edwin no vaciló lo más mínimo. Se puso en camino hacia el *bungalow*. Pero no avisó al *sheriff*. No volvería a hacerlo hasta tener resultados definitivos. Evans, con su sola presencia, le había estropeado el asunto de Alan Plen. De haber estado solo. Alan hubiese cantado como un sinsonte.

Alquiló un taxi, al que obligó a recorrer la última milla a motor casi parado, sin hacer ruido, y con los faros apagados. Luego lo dejó en el último recodo, dando instrucciones al taxista.

—Voy a hacer una visita a unos amigos. Si en el plazo de una hora no estoy de regreso, emprenda viaje a Santa Cruz y comuníquese con el *sheriff*. Dígale que acuda rápidamente a este sitio. ¿De acuerdo?

El otro asintió con un gruñido.

Edwin descendió la rampa, mirando con cierta aprensión al *bungalow*, que tenía un aspecto sombrío al recortarse su silueta contra el cielo tachonado de rutilantes estrellas. La luna, en las últimas fases del cuarto creciente, la envolvía en un halo fantasmal y siniestro. Reinaba en ella un silencio denso, ominoso.

La puerta estaba abierta y se adentró unos pasos, deslizando su diestra hacia la culata de la pistola. Pero antes que acabase de rozarla, algo extremadamente duro le oprimió los riñones. Luego, la voz de Wade Lheman se elevó en un tono de profundo sarcasmo:

—Deje quieta su arma, detective. Dispararé al menor gesto sospechoso.

Se encendió un fósforo en un ángulo de la estancia y, enseguida, un quinqué de kerosene. A su luz, Edwin vio lo que contenía el *bungalow* de Benny.

Diana se hallaba echada en un rincón, atada de pies y manos. Cerca de ella, Cliff, encañonándole una pistola. Wade había permanecido junto a la puerta para sorprenderlo. Y en el centro de la estancia se hallaba el barbudo Torrens, que acababa de encender el quinqué.

—Asombrado, ¿eh detective? —ironizó Lheman.

—Un poco. De verdad que no he recelado nada hasta hace unos instantes. Cuando ya era tarde para retroceder y tomar otro camino. Ahora comprendo que he estado todo el tiempo corriendo detrás de una sombra. No he podido descubrir antes su hábil juego. Tiene usted ingenio, Lheman.

—Exacto, mi querido detective. En alguna ocasión me dijo usted que no debía fiarme de las apariencias. No tuvo en cuenta el aplicarse a sí mismo sus consejos. Todo ha salido hasta ahora tal y como lo había planeado. Y las dificultades a vencer han sido grandes, sobre todo a raíz de la ocurrencia de Diana de sacarme los cien mil dólares que me había negado a cederle en un principio. Eso y la mala ocurrencia mía de solicitar sus servicios para descubrir a los secuestradores... Yo sólo quería que usted los identificase. Después, mis hombres les hubiesen dado su merecido. Pero se dio la coincidencia de que los raptos habían sido precisamente dos de mis hombres. A causa de eso he perdido a buenos colaboradores y a los mejores artistas de mi espectáculo. La pérdida ha sido enorme para mí. La inesperada idea de Diana ha estado a punto de dar al traste con todo mi negocio al permitirle a usted, tipo tozudo, descubrir cosas que, de otro modo, jamás hubiese podido hallar. Pero ya es una suerte poder continuar el negocio, haciendo desaparecer a un detective particular y a una escultural *vedette*. El *sheriff* Evans es demasiado torpe para solucionar este caso por sí solo.

—¿Por qué se metió en todo esto, Lheman? —inquirió el detective sin perder su aplomo—. Es demasiado.

—Es un gran negocio, amigo mío. Cuando yo tenía que abrirme paso a codazos en Nueva York, otros hombres se dedicaban a vender allí la heroína, a crear nuevos adeptos a la droga y al chantaje. Sacaban grandes ganancias de todo eso. Entonces me propuse una meta. La gente del teatro es fácil presa para esa clase de aficiones. Pero las cosas se torcieron y tuve que salir de estampía antes de que se provocase el escándalo.

—¿Qué clase de chantaje empleó con Diana para forzarla a trabajar para usted? —preguntó Edwin.

—¡Oh! Ella se sentía como una pobre niña desvalida después de la muerte de su tía. Le busqué un prometido, guapo y elegante. Es la

clase de hombre que despierta el sueño de las mujeres. Los casó un pastor; un amigo mío. Mejor dicho, era un amigo, pero no un pastor. Mi compañero se aprovechó de ella y ésa fue su recompensa, junto con unos dólares. Y ella le abonó otra cantidad para que guardase silencio y accedió a todo cuanto le pedí para evitar el escándalo. Letty Brian estaba en el mismo caso que Diana. Y Eric y Vic Norton Dispongo de varias fotografías que podían hundirlos artísticamente si la Prensa se hace eco de todo. Ahora ya no son necesarias. Los dos hermanos reposan el sueño eterno. El cadáver que se hundió en el mar junto con la embarcación y Alan Plen, era el de Vic Norton.

—Ya. Después de huir de Nueva York vino a California y reanudó sus actividades ilegales, en mayor escala que en la ciudad del Hudson.

—Exacto. Sin embargo, aquí decidí mantenerme más en la sombra, de forma que no pudiera repetirse lo de Nueva York. Entonces me puse en contacto con estos dos buenos amigos, Cliff y Torreng. Ellos se encargaron de reclutar al resto de los hombres. También ellos se ocupaban de mantenerse en contacto con aquellas personas de las que tenía que valerme para el asunto. Entre ellas, los dueños de algunos establecimientos comerciales de la costa. Es fácil propagar la afición a las drogas y mantenerla.

—La codicia le cegó, ¿eh Lheman?

—Pues sí; llámelo como quiera. Todos los gobiernos tienen sus planes quinquenales y yo tengo el mío. Utilicé los embalajes del teatro para traer la droga y la lancha de Alan Plen. Eso sin descuidar mi negocio teatral.

—Comprendo —adujo Edwin—. Sólo Cliff y Torreng conocían su doble juego y ellos estaban demasiado comprometidos a su vez para delatarlo. Aunque supongo que tampoco lo habrían denunciado en caso de que las cosas se torcieran. Conozco el código de silencio de le hampones. Yo también he sido uno de ellos. ¿Por qué mató a Rufus? El era uno de sus vendedores.

—Él y Roney Kelston habían buscado nuevos adictos entre los artistas del teatro y los jugadores del New Club. Cuando Diana planeó su propio secuestro para sacarme el dinero y vengarse en parte de mi chantaje, pensó en ellos para que le ayudasen. En el fondo no eran unos verdaderos delincuentes. Diana podía confiar en

que no la traicionarían, quedándose con todo el dinero para ellos. Vigilaron bien todos nuestros pasos y obraron sobre la marcha Así, mientras provocaba Rufus el incidente, propia Diana se apoderó del portafolios con el dinero regresó a la cabaña, ocultó el portafolios y se tragó un barbitúrico con la mayor tranquilidad del mundo. Kelston llevó después el dinero a su casa. Usted me abrió los ojos respecto a la participación de Rufus y lo busqué temprano en su cuarto del teatro. Allí salió toda la verdad. Pero se mostró desafiante a pesar de todo. Se burló de mí, no convencía que un..., no importa lo que me llamó, fue el jefe de la organización. Me hizo perder los estribos, empuñé el mazo y...

—Sí; fui demasiado ingenuo con usted —alegó el detective—. Pero había sufrido el acoso de los raptores y no dudé de su inocencia. Sobre todo al encontrar el dinero marcado en poder de Rufus. Entonces le participé el deseo de registrar su apartamento y se apresuró a enviar a uno de sus hombres a retirar la heroína, que podía servirme para ahondar en el asunto. Pero se dejaron algo y eso me puso sobre la pista.

—Debió hacerme caso entonces, Edwin, y se hubiera librado ahora de la muerte —sonrió el empresario—. Le recomendé que abandonase la partida. Pero usted se negó en redondo, por causas puramente sentimentales. Siento una aversión especial hacia los expendedores de droga por el simple hecho de que uno de sus amigos fue una víctima de las mismas. Y se trataba de un hombre que inició a usted en la delincuencia.

—Cierto. Pero sus enseñanzas sirvieron para hacer de mi lo que hoy soy.

—Ya no es usted nada, Edwin —sonrió el dueño del teatro—. Luego me habló de Kelston y tuve que silenciar; también y retirar la mercancía que guardaba. Usted llegó demasiado pronto, aunque yo lo envié al New Club para ganar tiempo, y luchó *con* mi hombre. Eso le permitió descubrir el chantaje de Bowery. Antes, para acabar de complicar las cosas, Letty Brian había subido al cuarto de Rufus para un arreglo de un pendiente y lo escuela todo. Entonces intentó abusar de su secreto, pretendió forzarme con chantaje, devolverme la moneda. Torreng se en cargó de liquidarla. Y lo hizo muy a tiempo. Cuando acechaba la oportunidad de silenciarlo a usted y ella se disponía a declarar toda la verdad.

—Una buena jugada —masculló Edwin—. Después, a saber o sospechar que yo había retirado de la casa de Kelston los objetos de chantaje con que ejercían coacción sobre Bowery para que expendiese heroína en su tienda de forma que los clientes de la droga tuviesen grandes facilidades y no buscasen otros vendedores, lo liquido también.

—No había más remedio, detective. No podíamos detenernos ya ante eso después de su empeño en ponernos al descubierto ante la Ley.

—Ya. Luego descubrí a Benny por mediación de Eric Norton y a Cliff con la ayuda de Diana. Pero ésta se fu de la lengua con usted y eso le permitió columbrar mi proyectos y avisar a Alan Plen con el tiempo suficiente para que se desembarazase de la mercancía antes de llegar al *bungalow*. Pero eso me hizo conocer a Plen, un miembro más de su organización. Quiso burlarse de nosotros y estropeó mucho la jugada. ¿Cómo ocurrió lo de Vic Norton?

—Bueno —respondió el empresario—. Vic era inteligente. Y tenaz. Tenía también madera de sabueso. Debió recordar quizá haberme visto bajar del cuarto de Rufe poco después de haberlo hecho Letty y no le costó atar cabos y descubrir la verdad. Vino a buscarme a mi casa después de haber velado el cadáver de su hermano. Me acusó abiertamente. Pero pude sorprenderle con una pistola que guardo en el cajón de la mesa. Resultó más listo que usted, Edwin, pero carecía de su capacidad de acción. Entonces avisé a Plen con objeto de que hiciese desaparecer su cadáver en el mar. Luego dejé deslizar algunas palabras, de forma que usted llegase a creer que Vic podía haber huido, al saberse comprometido en el asunto de las drogas.

—Entiendo, Lheman. Pero falta algo que añadir a su historia.

—Falta lo suyo, detective. Cuando me buscó para registrar el teatro, tuve que recurrir a desembarazarme de usted por cualquier medio. No tardaría en comprender la verdad. Hablé con Cliff por teléfono mientras usted esperaba a que me vistiese. En el teatro se guardaba heroína ciertamente. Además, usted me estaba fastidiando y ya no cabía otra opción que quitarle de en medio. Una herida en el hombro es algo dolorosa, pero alejaría de mí las sospechas de Evans. Por si eso fallaba, Cliff y Torreng acecharían otras oportunidades para liquidarlo. Pero todo eso salió mal. Su

capacidad de acción es terrible, Edwin. Mientras me llevaba a casa, otros hombres retiraron cuanto había en el teatro que podía comprometerlos. Y entonces decidí recurrir a esta trampa para eliminarlo. Yo sabía que usted vendría solo aquí, sin hablar de esto con Evans. Y esta vez, detective, todo está perdido para usted. Los arroja al mar con sendas pesas a sus pies.

—¿Por qué hará eso con Diana?

—No puedo soltarla. Sería el fin para nosotros. Prefiero prescindir de su arte. Y usted no se sentirá tan sólo en la inmensidad del océano.

Se volvió a Cliff para decirle.

—Suelta a Diana, muchacho.

Poco después eran conducidos hacia el embarcadero.

Mientras caminaban, la joven se apretujó contra el detective, que le rodeó la cintura con su brazo.

Luego, ella lo envolvió en una mirada, que hizo dar un vuelco al corazón de Edwin. Una mirada en la que reflejaba todo lo que sentía por él; algo que siempre había llevado en lo más profundo de su ser y que afloraba ahora, en aquel instante supremo, con un vigor insospechado.

Pero esto, como la solución del asunto, llegaba tarde para los dos. Cuando ya la muerte estaba preparada para abrazarlos entre sus yertos y descamados brazos.

—Quise contártelo todo y devolver ese dinero —musitó ella—. Pero tuve miedo a tu reacción cuando supieses lo de mi matrimonio. Era difícil ya poder hacerme digna de ti. Porque de pronto me di cuenta de que tú lo suponías todo para mí. Lo has supuesto desde nuestros tiempos de la Universidad. Te juro que acepté a ese hombre porque tenía cierto parecido contigo. Era un pobre consuelo por mi parte, pero...

—Está bien, Diana. No tiene importancia. Lo que hiciste me ha servido para descubrir muchas cosas, aunque todo parezca que se ha torcido al final. Yo siento haber dudado de ti. Perdóname por ello. Creo que no supe comprenderte.

—Ni yo tampoco a ti. Tú me has hecho añorar el pasado. Has despertado en mí, todo aquello que más he deseado para el presente y el futuro. Los viejos llegan a olvidar que han sido niños una vez si no hay otro niño que se lo recuerde de un modo constante. También

llegan a olvidar que han sido jóvenes si no tienen una persona a su lado que comparta con ellos todos los años desde entonces hasta la vejez; un ser cuya presencia les traiga a la memoria su pasado. No existe el futuro después de haber alcanzado la gloria o la vejez, porque se carece de una misión definida. Por eso hay que tener recuerdos vivos que ayuden a sobrellevar esas horas amargas. Esa misión de conservar los recuerdos, consiste en crear un hogar, luchar por unos hijos y, más adelante, por unos nietos. Y en tener siempre un compañero fiel al lado, que nos recuerde en todo instante el venturoso pasado. Eso es lo que añoro, lo que siempre he añorado.

—De acuerdo, Diana. Me pregunto qué diría tu padre si pudiera oírte en este instante. Porque ya no soy el hijo de un alcohólico solo, sino un ex delincuente. Tenías miedo a que yo me enterase de una parte de tu pasado. Sin embargo, no creo que tengamos nada que echarnos en cara el uno al otro al respecto.

Alcanzaron el embarcadero, en un extremo del cual había dos gruesas pesas de hierro, que Torreng se dispuso a echar al fondo de la embarcación, parecida a la que había ido a pique con Alan Plen y el cadáver de Vic Norton.

Sólo Cliff continuó apuntándoles con su pistola, que cortaba todo movimiento defensivo por su parte.

En ese momento les llegó, sonoro, el cercano sonido del claxon de un automóvil.

Cliff miró en esa dirección, alarmado. Exactamente igual que sus compañeros.

Edwin no desaprovechó la oportunidad que el hecho le brindaba.

Se abalanzó contra Cliff y retorció su brazo armado, obligándole a soltar la pistola. Luego lo arrojó al agua de un empujón.

Mientras se agachaba para recoger el arma, Torreng reaccionó. Elevó una de las pesas de hierro, dispuesta a quebrar el cráneo del detective.

Pero Edwin fue más rápido que él. Ladeó el tronero disparando con una rodilla hincada en las tablas del embarcadero.

Torreng cortó en seco su movimiento y retrocedió al acusar los impactos en el pecho. Luego se desplomó de espaldas, hundiéndose en las aguas.

Se volvió a Lheman en el instante en que éste acababa de desenfundar su pistola, una «F.N.» belga, con su brazo uno. Pero la soltó como si de pronto se hubiese convertido en una serpiente de cascabel al verse encañonado.

—No dispare, Edwin —balbució—. No opondré regencia.

No era un luchador, sino un instigador del crimen. La pistola de Edwin significaba la muerte inmediata. Prefería el escándalo y aferrarse a la esperanza de una sentencia no muy excesiva.

Sin embargo, sólo había conseguido prolongar su agonía. Porque después de delatar a todos los miembros de la organización y entregar todos sus objetos para el chantaje, Wade Lheman acabaría sus días en la cámara de gas, junto con Cliff y otros miembros de su organización del hampa. Los restantes sufrirían diversas penas de prisión.

Wade Lheman no volvería a abrir su teatro, pero un día lejano daría el espectáculo de su muerte en la cámara de gas.

El detective los llevó hasta el *bungalow*. Luego los amarro sólidamente y se dispuso a conducirlos a Santa Cruz, la justicia se encargaría de darles su merecido. Su misión en aquel asunto quedaba terminada. El *sheriff* se haría cargo de los detenidos, para someterlos a interrogatorio.

Y aquello sí que había sido un caso paradójico. Charles Buffin, por aquello de la voz de ultratumba, había terminado de una manera indirecta con la organización dedicada a la propagación del horrible hábito. Su recuerdo, el recuerdo de las causas que habían motivado su trágico final, perenne en la mente del detective, había hecho posible el trabajo.

—Asunto concluido —dijo el detective, al llegar con los detenidos junto al taxi que esperaba—. La costa de California queda limpia de la manada de ratas asqueroso que la infectaba. Jaque mate.

El detective se dirigió al asombrado taxista para decirle:

—Gracias a usted ha sido posible hacer esto, amigo. No pudo estar más oportuno con su golpe de claxon. Era la única forma de ayudarnos con eficacia y le felicito por su agudeza.

El otro lo miró con profundo estupor antes de responder.

—¡Qué agudeza ni qué niño muerto! Me quedé dormido sobre el volante. Entonces resbalaron mis brazos y oprimieron el claxon.

Celebro que eso le sirviera de algo, porque la verdad es que yo solté una maldición por la forma tan brusca que me había despertado.

—Ahora podré decirte muchas cosas, Diana —musito Edwin.

—No digas nada —susurró ella con voz acariciadora—. En estos casos, sobran todas las palabras. Yo soy la única que voy a decirte algo. No soy ciega, Edwin. Lo siento pero a partir de mañana prescindiré de los servicios de mi doncella Clara. No veo las cosas tan «claras» como indica su nombre.

Edwin la besó. Muy fuerte. Como había deseado hacerlo en otros tiempos. No importaba que Diana fue a él con el bagaje de un matrimonio falso y él con una hermosa ficha en los archivos de la policía de San Francisco. Se amaban y era todo cuanto tenía importancia para ellos en ese instante. Era un beso que sellaba el fin de Diana como *vedette*, que derribaba la barrera que siempre habíase interpuesto entre ambos y abría ante la joven una nueva vida más sencilla, pero llena de compensaciones. Un beso que fue cortado bruscamente por el sonido del claxon del taxi.

—Van a casarse, ¿no? —rezongó el taxista—. Pues ya tendrán tiempo de besarse y lo demás entonces. Hasta que se cansen de tal modo, que maldigan este instante que ahora les parece tan hermoso. De todas formas, no es bonito darle un beso a una mujer a cambio de dinero. Y este beso, amigo, está costándole dinero. No olvide que el taxímetro continúa funcionando.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772